

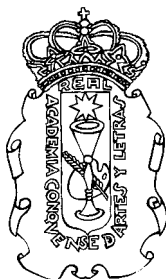
REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

**GRAMÁTICA DE LA LUZ, SINTAXIS
DEL COLOR: LA PALABRA SOÑADA DE
DIEGO JESÚS JIMÉNEZ**

Discurso de ingreso del
ILMO. SR. DON FRANCISCO MORA GARCÍA

en la Real Academia Conquense de Artes y Letras,
leído en Cuenca el 20 de enero de 2015

y contestación a cargo del
ILMO. SR. DON JOSÉ LUIS MUÑOZ RAMÍREZ



CUENCA
2015

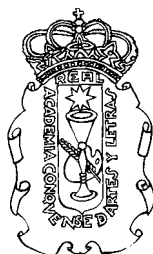
REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

**GRAMÁTICA DE LA LUZ,
SINTAXIS DEL COLOR:
LA PALABRA SOÑADA DE
DIEGO JESÚS JIMÉNEZ**

Discurso de ingreso del
ILMO. SR. DON FRANCISCO MORA GARCÍA

en la Real Academia Conquense de Artes y Letras,
leído en Cuenca el 20 de enero de 2015

y contestación a cargo del
ILMO. SR. DON JOSÉ LUIS MUÑOZ RAMÍREZ



CUENCA
2015

REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS
San Lázaro, 2, 2ª planta
16002 Cuenca

Serie: DISCURSOS ACADÉMICOS, núm. 19

Depósito Legal: CU-6-2015

Imprime: Gráficas Cuenca, S.A.
Avda. Juan Carlos I, 34

DISCURSO DE INGRESO DEL
ILMO. SR.
DON FRANCISCO MORA GARCÍA

Ilmo. Sr. Director de la Real Academia Conquense de Artes y Letras. Ilmos. Sres. Académicos, señoras, señores, familiares, compañeros, amigos.

Sean mis primeras palabras de agradecimiento a la Institución que en este acto de recepción pública me acoge hoy entre sus miembros; a su Director, el Ilmo. Sr. Don José Ángel García García, y a toda su Junta Directiva, y, obviamente, al resto de los Sres. Académicos y, en particular, a los que en su día apoyaron y votaron mi candidatura. Especial reconocimiento debo a quienes me propusieron como miembro de esta ilustre Corporación, los Ilmos. Sres. Académicos Don José Luis Muñoz Ramírez, Don José Antonio Silva Herranz y Don Pedro César Cerrillo Torremocha; a los dos últimos, profesores, investigadores y escritores de altura, debo agradecerles, además, el inmenso honor de que sean mis padrinos esta tarde, y al periodista, erudito y escritor Muñoz Ramírez que haya aceptado tan gentilmente poner su sabiduría y su mucha cultura al servicio de causa tan menuda: la contestación de este mi discurso de ingreso en la Academia. Me siento abrumado por el privilegio inmerecido que hoy me otorgáis y que excede con creces mis expectativas, de modo que con toda humildad recojo y hago mías las palabras de quien, con toda propiedad, mentaré repetidamente en estas líneas, don Antonio Machado. Como sabrán, el gran poeta sevillano fue elegido miembro de la Academia Española de la Lengua, pero la fractura de la guerra, primero, y su muerte apenas iniciado el exilio, después, frustraron su entrada en la misma. En el borrador de su discurso de ingreso escribe Machado: “Tengo muy alta idea de la Academia española por lo que ha sido, por

lo que es y por lo que puede ser. Me habéis honrado mucho, demasiado, al elegirme académico, y los honores desmedidos perturban siempre el equilibrio psíquico de todo hombre medianamente reflexivo”.

Suele ser uso común en las Academias, lo exijan o no la etiqueta y las buenas maneras, que todo nuevo académico comience su discurso haciendo el elogio del que lo precedió en el sillón que desde ahora él ocupará, en mi caso el de la letra T que con tanto merecimiento y tan dignamente correspondiera, hasta pasar a la situación de Académico Supernumerario, al Ilmo. Sr. Don Víctor de la Vega Gil. Mi escasa ciencia en las artes que don Víctor de la Vega domina con pericia de maestro, esto es, la pintura, el dibujo, el mural, el grabado o la ilustración, me inhabilita por completo para ponderar su trabajo como merece, por tanto me limitaré a expresarle mi reconocimiento y admiración; tanto más por cuanto don Víctor es testigo, tangencial si se quiere pero, tal y como yo lo siento, testigo y parte de mis primeros escauceos literarios. Aunque no tuve la fortuna de contarlo entre mis profesores, recuerdo su figura imponente, de porte noble, romano, en el viejo “Alfonso VIII”, el instituto en el que cursábamos el bachillerato de sexto y reválida los chavales de mi quinta, en aquella Cuenca de principios de los años 70 que probablemente hoy recordamos con menos frescura y gracia que nostalgia. Recuerdo algunas ilustraciones tuyas en la revista *El Barco*, unas hojas volanderas, tiradas con multicopista, que pergeñábamos los colegiales del Colegio Menor “Alonso de Ojeda” y que, al cabo, darían testimonio de mis primeros balbuceos poéticos y mis primeros garabatos narrativos publicados, cuando uno apenas si alcanzaba los catorce o quince años de edad. Es para mí una satisfacción, pero también una gran responsabilidad, suceder a un artista y a un profesor de la talla de don Víctor de la Vega; espero no defraudar su legado.

Uno no tiene nada más que las páginas que ha escrito, en su mayoría páginas de ficción, en lo que a narrativa y teatro se refiere, o de poesía, de la que si, en puridad, no puede decirse que sea un género de ficción, convendrán conmigo que algo, o mucho de fabulación guarda en su esencia, pues la realidad poética verdadera trasciende la propia realidad, bucea en el misterio, recrea, reinventa, reescribe esa realidad

otra, oculta, emboscada, que resulta difícil, si no imposible, aprehender con la razón, y por tanto apela a nuestros sentidos y a nuestras emociones. En consecuencia, presumo que mi elección como miembro de la Academia lo ha sido en mi calidad de creador, de autor, en fin, de ficciones y fabulaciones de varia invención. Así las cosas, cuando me planteé cuál podría ser el tema de mi discurso de ingreso en la RACAL, de inmediato me asaltó una pregunta, ¿qué tipo de texto redactar acorde con mi condición y que, de un modo u otro, respondiera a lo que soy y de mí se espera? A un autor de fabulaciones y ficciones se le exige que fabule, es decir, como creador, que cree. Pero, ¿cómo hacerlo en este trance? Un *género tan formalista y académico* como el del discurso se compadece mal con el de ficción.

Sumido en tal aprieto vinieron a sacarme del atolladero dos escritores excepcionales: Max Aub y Antonio Muñoz Molina. Aub, recordé, había escrito y publicado desde su exilio, allá por los años 50 de la pasada centuria, su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua. Obviamente, era el discurso apócrifo de quien, derrotado en la guerra, no podía acceder –nunca lo haría– a aquella Corporación que navegaba a trancas y barrancas entre las aguas encenagadas de un país sometido a una férrea dictadura y que, por descontado, había expulsado del suelo patrio a buena parte de lo más granado de su intelectualidad. Por cierto, en la Academia que Max Aub soñó en su discurso, en España no hubo ninguna guerra, por tanto, el gobierno legítimo de la República seguía gobernando el país, de modo que, en su imaginario, la Academia no ostentaba el título de Real. Por otra parte, recordé también que el discurso de entrada en la Real Academia de la Lengua, en 1996, de Antonio Muñoz Molina, había girado en torno a Max Aub, tomando como eje central del mismo aquel discurso imaginario del escritor español exiliado. La realidad –el ingreso efectivo de Muñoz Molina en la Academia– se apropiaba del terreno de la ficción –el soñado y falso ingreso de Aub–, de manera que así, mezclando sabiamente realidad e invención, Muñoz Molina ficcionalizaba de algún modo su texto, hasta el punto de concluirlo con las siguientes palabras: “...yo no estoy muy seguro de que este discurso mío no sea también parcialmente, maxaubianamente imaginario”.

Pero una cosa es hacer, en tu ingreso real en una Academia, un discurso como el de Muñoz Molina basado en el discurso de alguien que solo accedió a esa Corporación imaginariamente, y otra bien distinta figurarse y escribir un falso discurso tuyo en tu propio y real acto de recepción académica. Algo así, aun para los defensores a ultranza de la *boutade* literaria, más que un acto de suprema impostura sería, sencillamente, una estupidez. Luego me faltaba una pieza para hacer de este discurso mío un texto de ficción sin que chirriara por sus goznes.

La solución llegó sola y, curiosamente, de la mano de la propia RACAL. Como muy bien saben todos, esta Institución tiene su germen en un homenaje al poeta Rafael Alfaro, celebrado en Madrid en diciembre de 1969; aunque su nacimiento oficial como Academia no se formalizaría hasta mediados de 1978, nueve años después. Las vicisitudes de este largo proceso de creación las recoge estupendamente el Ilmo. Sr. Académico Don Enrique Domínguez Millán en un trabajo publicado en dos números de la revista de esta Casa, *Académica*, luego huelga extenderse sobre ello aquí. Lo que interesa al caso es que el Real Decreto de 26 de mayo de 1986, firmado y rubricado por el Rey Juan Carlos I sanciona la creación de la Real Academia Conquense de Artes y Letras y aprueba sus estatutos; lo que implicaba de hecho que la anterior Academia Conquense pasaba a mejor vida y ésta, la Real, aparecía como de nueva creación, lo que obligaba insoslayablemente a los miembros de la misma, para adquirir la condición de académicos, a pronunciar un preceptivo discurso de ingreso en la Corporación. Ahí hallé la clave.

Siguiendo, a la inversa, la propuesta de Antonio Muñoz Molina, ¿por qué no escribir el falso discurso de un autor relevante que siempre debió pertenecer a la RACAL pero no lo hizo porque nunca leyó ese texto inexistente? Volvemos a esa sutilísima línea de frontera que separa —si es que en verdad están separados, que no lo creo— sueño y realidad, y que tanto tiene que ver con el acto mismo de la creación y con mis palabras de hoy, como verán más adelante.

Mi ingreso en esta Corporación se asienta sobre un discurso nunca escrito, un discurso debido a mi propio imaginario y que, por tanto,

a su apócrifo autor no le confirió el rango de académico, pero sí a éste su bienintencionado usurpador. Y es que, tirando del hilo argumental de Muñoz Molina, “en cada uno de nosotros hay siempre un involuntario usurpador. Usurpamos el lugar de quienes nos precedieron en la vida, de quienes podrían haber obtenido con más mérito lo que el azar reservó para nosotros”; por eso “nadie que esté habituado a la lectura de los mejores maestros puede albergar otro sentimiento que no sea el de la emulación y la humildad. [...] Agradecer es examinarse a uno mismo y ver cuánto de lo que somos y de lo que tenemos más valioso procede de otros o no habría llegado a existir sin ellos”, sin su inspiración o su herencia, cabría añadir.

Así pues, en la esperanza de que este ejercicio –tan maxaubiano por otra parte– de “invertir a una persona real de la dignidad fantástica de la literatura” sirva para traer y vindicar aquí la figura de quien por derecho propio debió formar parte de esta ilustre Corporación, me dispongo a hablarles, y ojalá sea él quien hable por mi garganta, del gran poeta Diego Jesús Jiménez.

Si aceptamos que la literatura es ese lugar en el que conviven en perfecta armonía los vivos y los muertos, ese hermoso juego de voces entre unos y otros en el que se quiebra la lógica del tiempo, se fracturan sus dudosas leyes, en nada extrañará mi propuesta, que considero de estricta justicia. Baste recordar que Diego Jesús Jiménez participó en aquella reunión germinal de 1969 y que formó parte, como responsable de una vocalía, de la primera Junta Directiva de esta Academia; aunque, también es cierto, al cabo de un tiempo la abandonaría para siempre por diversos motivos que no vienen al caso. Sabemos, además, que en una carta personal dirigida a José Luis Muñoz en el año 2001, Diego Jesús refiere que ya tenía apalabrado para entonces el día concreto en el que pronunciaría su discurso de ingreso en la Academia, en la sede del Centro Cultural Aguirre, pues parece que había llegado a un acuerdo con el Ilmo. Sr. Don Nicolás Mateo Sahuquillo, en esos momentos Director de la Institución, para superar las disonancias del pasado y hacer efectiva, tras tantos años de ausencia, su reincorporación. Ignoro el porqué, pero ésta jamás se produciría.

Claro que, en literatura, *se debe* obrar el milagro porque, y vuelvo a Machado, “no está el mañana –ni el ayer- escrito”, y la Historia –qué lecciones tan hermosas y desoladas nos da Diego Jesús Jiménez en algunos de sus poemas sobre las trampas, las falacias, los disfraces y las máscaras vacías de la Historia-, si se escribió de una manera, bien pudo suceder de otra, quizá hubo otras posibilidades mejores que se malograron y no llegaron a cumplirse, aunque el poeta se esfuerce en contarlas y cantarlas como pudieron o debieron ser, según nos enseña Cervantes. Por tanto, en esta fiesta fraternal de la palabra, tan grata, traigo hasta mi tribuna a Diego, doy testimonio del amigo y rindo tributo al maestro, y conmigo lo hago partícipe de este halago que hoy me hacéis y que, mucho antes que yo, merecía él sobradamente. Solo la imaginación, el sueño, puede enmendar –o aliviarlos al menos- los yerros del pasado y hacer habitables las cosas por venir.

Diego Jesús Jiménez es el más importante poeta conquense del pasado siglo, y una figura señera, imprescindible de la poesía española de esa misma época. Dicho sea sin menoscabo alguno de otros nombres que están en la mente de todos y son autores de excelentes obras. Diego es un poeta a carta cabal, un poeta de cuerpo entero: ya desde sus inicios literarios, cuando hilvanaba versos arrebatados sin tener casi edad para ello, muestra una intuición portentosa para extraer del jugoso menester de la palabra escrita sonidos nuevos, cadencias sorprendentes, imágenes inquietantes, imaginativas y a veces desbordadas pero plenas de sentido, o, por mejor decir, de sentidos; quizá porque su poesía, ya desde entonces, está recorrida por algo vital: la búsqueda de la esencialidad, como aprecia Emilio Lledó, de algo que pueda salvar. Francisco Umbral, que tildaría de *alucinado crónico* a nuestro poeta y del que diría que “tiene pupila y muñeca para pintar las cosas no como las ve, sino *como no las ve*”, ya muy tempranamente supo apreciar, con pluma certera, su valía: “Todo lo contrario de un poeta o un hombre frívolo, tocado de sí, Diego Jesús Jiménez sufre sus versos”.

Hace mucho tiempo escribí: «*Admira en Diego Jesús su increíble dominio de la “sintaxis del color”, su maestría en los “usos gramaticales de la luz”, su aportación vivísima a la textura, hecha a partes igua-*

les de alma y materia, de los vocablos. “Es ambición hermosa someter las palabras”, nos dice el poeta, “pues que así se da nombre y destino a la vida”. Y es que en la extensa geografía de las palabras hay un lugar habitable para el hombre, un espacio universal donde cada vocablo se anuda a otro vocablo y conforma el tejido de los sueños. Hablo del poema, ese gesto de amor robado al tiempo, donde el hombre logra salvarse a sí mismo. Y si alguien sabe –y nos ha enseñado a saber- de esa geografía, de ese espacio, de ese gesto, ese es Diego. Como aprendices de esta suerte de alquimia que es la poesía, a él le debemos junto a todos los grandes poetas nuestra malbaratada condición de escritores». Porque, como ha señalado su amigo, el poeta Antonio Hernández, Diego tenía alma de niño huérfano y caprichoso necesitado de penetrar más allá de donde veían sus ojos, “era de los que no se conformaban con ver el fuego; tenía que quemarse”.

Hay práctica unanimidad, para los estudiosos y críticos que hasta hoy han analizado la poesía de Diego Jesús Jiménez, en señalar que toda su obra, de principio a fin, es un profundizar constante en sus grandes obsesiones, a saber: 1. La devoción por la memoria, que es palabra viva, como único camino de indagación en la experiencia y de acceso a la realidad, eso sí, soñándola, reinventándola, porque no se trata únicamente de trascender la realidad del pasado sino, además, de idealizarla, de sublimarla *a través* del lenguaje o, mejor dicho, *en y desde* el lenguaje, para conjurar los anhelos y esperanzas no cumplidos e iluminar con la palabra poética, de un modo distinto, la realidad que fue, aun teniendo conciencia exacta de que el regreso es imposible: luego solo podemos recuperar la memoria de las cosas en la realidad creada en el propio texto. Esa idea de “regreso”, que tan bien ha estudiado Ángel Luis Luján, está en la base, es el *núcleo de sentido*, de toda su obra. El propio Diego se pregunta en unos versos esenciales de “Fiesta en la oscuridad”: *¿Por qué / siempre lo que se vive es el recuerdo?*; 2. La poesía y, en consecuencia, la permanente preocupación por el dominio de la palabra en sostenida indagación en las capacidades del lenguaje, un lenguaje que ha de ser a un tiempo preciso y creativo, pero ante todo revelador, para lo que se hace imprescindible un riguroso cuidado de la

expresión: Diego Jesús es un poeta minucioso que elabora sus poemas durante años, casi hasta la extenuación; 3. La pintura, con especial atención al color, a ese arrebatador tratamiento suyo del color, tan jugoso en algunos de sus poemas; 4. El misterio del proceso creador; y 5. La Historia, entendida ésta como conciencia crítica y dialéctica frente a los procesos históricos y como vivencia y circunstancia histórica del hombre, o, dicho al modo de Manuel Rico, como “una reflexión sobre las incertidumbres del hombre en su relación con la Historia, con el arte y con sus propios orígenes”. No hay más que leer ese gran poema fragmentado que es *Bajorrelieve*, -que yo no dudo en calificar de obra maestra y el aludido Rico de monumento poético y un acabado ejemplo de poema civil- para constatar lo atinado de estas afirmaciones.

Se ha comentado hasta la saciedad el carácter de la poesía de Diego Jesús Jiménez, que sin duda se decanta por lo visionario –o lo mágico y lo imaginativo- y que adopta postulados marcadamente irracionales pero, sin contradicción ninguna, podríamos decir que es el suyo un irracionalismo sensato, muy sensato, o de una *irracionalidad realista*, como afirma Juan Manuel Molina Damiani, quien apostilla: “la sólida gramática imaginaria de Diego Jesús Jiménez se singulariza no sólo por el temple existencial con que se encara ante las vicisitudes de la historia, sino también por la llana humanidad con que se sobrepone al confuso conflicto de la vida”. Es característica fundamental en Diego Jesús la búsqueda en la renovación de los medios expresivos que admita modos de decir no lógicos o irracionales para lograr –o al menos intentarlo pues es poco menos que imposible un conocimiento fehaciente de las cosas-, una captación *más real de la realidad*, renovación de medios que le permitirán una expresión fragmentaria, reflejo de la fragmentación de la realidad en la que nos hallamos inmersos. Es este uno de los principales rasgos distintivos, como muy bien ha señalado Juan José Lanz, del grupo de poetas al que pertenece Diego, el de los 60, para quienes la poesía se define como “un especial modo de tratamiento lingüístico”.

De lo que no cabe duda es de que la poesía de Diego está escrita desde la vida, traspasada por un aliento existencial humanísimo (la me-

ditación existencial e histórica va cobrando intensidad y creciendo en sus obras a lo largo del tiempo), de manera que lo visionario y lo mágico –la fabulosa capacidad del sueño para iluminar las zonas más turbias y sombrías de la realidad- se funden, en armonioso equilibrio, con los impulsos emotivos, con los sentimientos más hondamente vívidos. “Es el suyo”, nos dice Miguel Galanes hablando de la obra de Diego Jesús, “un culturalismo rehumanizador, arraigado en lo sensitivo y concebido desde la imaginación a lo emocional y al asimiento más íntimo de la existencia”. De esta lucha de contrarios (¿o complementarios?) surge, pero también se resuelve, una de las paradojas sobre las que se sustenta toda la obra poética de nuestro autor. Sostiene el mencionado profesor Lanz que Diego Jesús Jiménez, partiendo de la experiencia vital, de lo que solo tiene sentido en su dimensión temporal, histórica, y de la evocación de lo acontecido en la memoria, consigue elevarlo a dimensión atemporal, extraerlo del flujo de lo caduco para integrarlo en el ámbito de las formas eternas, que es el arte; el poema logra así transformar en eterno lo efímero, o, mejor aún, extraer de lo efímero su raíz eterna: esa es la potencialidad mágica de la palabra poética. La palabra poética, referencial y miméticamente insuficiente, acaba revirtiendo a la realidad gracias a su dimensión mágica y a su poder creador, el poema consigue abolir la destrucción del tiempo integrando lo efímero en lo eterno. En palabras del propio Diego, el poema ha de lograr *habitar donde el tiempo no existe*, porque *la mirada / sólo es capaz de contemplar el mundo / cuando abandona el cauce que la línea le ofrece*, nos dirá en unos impresionantes versos de su poema “Lugar de la palabra”, y aún en otros exclamará estremecido: *Ved cómo / una mala sintaxis del color, o un uso / gramaticalmente torpe de la luz, pueden crear instantes / en los que se refleja no otra cosa que el tiempo, / la eternidad en un espacio efímero: tropel de imágenes / que de la muerte nacen.*

Como todo creador auténtico, y ya hemos apuntado antes que es un poeta de cuerpo entero, Diego Jesús Jiménez es dueño de un mundo –de un espacio y un tiempo- personal, singularísimo que lo acompañará siempre, a lo largo y ancho de toda su trayectoria y de su itinerario poético. Este mundo no es otro que el de la infancia y la adolescencia,

su patria verdadera, la única que posee el hombre, como quería Rilke: Diego Jesús sabe, además –como el gran poeta alemán-, que solo cuando se regresa a la infancia –y ello únicamente es posible, como ya he señalado, a través del propio texto poético- se comienza a ser un verdadero poeta. Porque, como nos enseñó Wordsworth “el niño es padre del hombre”, o, al decir de Ana María Matute, “un niño no es un proyecto de hombre; un hombre es lo que queda de un niño”. Yo, por mi parte, me inclino a pensar con Rafael Alfaro que la auténtica vida es la del niño, lo demás es sobrevivir. Y su sitio, su lugar en el mundo, no es otro que Cuenca, Cuenca y Priego por supuesto, y no como simples escenarios: en una poesía tan material y sensorial como la de Diego se hacen verdadera *carne* del poema: sus paisajes cambiantes, sus ruinas, sus iglesias y monasterios, sus cosas, en fin, no solo se contemplan en sus versos, sino que también se palpan, se huelen, se paladean... Como “fusilería de impactos sensoriales” definiría Guillermo Díaz-Plaja la *versificación entrecortada y jadeante* que para él era la poesía de Diego Jesús Jiménez. En definitiva, Priego y Cuenca serán siempre “sustancia y fibra” de su peculiar mitología. Y sus ríos, especialmente sus ríos, el Escabas, pero sobre todo el Júcar, se configurarán como símbolo y metáfora –hueso y médula- de un quehacer en el que le fue la vida entera.

Trazando una curiosa parábola sobre el origen de su pasión por las palabras, sobre su inicial dedicación a la poesía, gustaba contar a Diego Jesús Jiménez que a él le pasó como a un albañil de su pueblo, *el tío* Toné, que hizo un corral, olvidó hacer la puerta y se quedó dentro, así que desde el interior de su propia construcción tuvo que hacerla para poder salir. Diego hizo un primer poema y también se quedó encerrado en él porque no encontró puerta alguna, de manera que para salir tuvo que hacer otro, y para salir de éste otro, y otro, y otro... Si alguna vez consiguió marcharse del poema, ni siquiera fue consciente de ello. Yo creo que Diego supo en seguida, lo repito una vez más, que no hay regreso, que de la poesía, de un poema no se puede volver, y si alguien lo hiciera –cosa que me permito dudar mucho-, desde luego no sería posible regresar indemne. Pues bien, me atrevo a sugerir que con el río Júcar –y por momentos con el Escabas- le ocurrió lo mismo. Es más, si

ya en sus poemas primeros el río vivifica sus versos en constante fluir, no es que Diego Jesús quedara atrapado en el poema, sino en el río que lo atravesaba desde su misma esencia o, por decirlo de otro modo, en ese largo, interminable, inacabado poema/río o río/poema que es toda su obra. No ha habido otro poeta antes que él, y cuesta imaginar que pueda haberlo después, que nos haya ofrecido mayor cantidad de imágenes memorables sobre nuestro río, ese Júcar que es *como una oración*, una oración que se hará, con los años, puro fervor cada vez más hondo y sentido.

Hoy
bien quisiera tener mi cauce
tan hondo y tan veraz como el del Júcar,
poner en alto su dolor,
su pan, su vino,
como en tinaja propia. A diario lo oigo,
aun de noche, con sombras,
levantarse.

Danza, pone su aire,
su cristal, su argumento de álamo,
y acude
como elevando su virtud
a las esferas graves de los cuerpos.
Allí cumple su fin,
allí se entrega como moza de campo,
tras un árbol, una piedra,
en silencio, sobre la atardecida
del rastrojo o el surco.

En las gavillas, dejo la voz
como el que marcha un día para segar y sabe
que el olvido es el coro de la tierra.

A su pesar,
ahí está el Júcar, su decisión, su amanecer,
la pura colegiata de sus pasos; duro el convento de su voz,
su verde claridad
casi de piedra. Ahí está el Júcar, las márgenes
que obligan, el gran manteo
de la sed.

Lo estoy mirando solamente. Cruzo su luz y llego
como un labriego más
a sus confesionarios.

Cielo que se refleja, altísimo, en las profundidades
del corazón. Júcar cuyas estrellas
hacen que el cielo sea
cima y sima a la vez; pasajera quietud, plácida sombra
que el tiempo hace de agua.

Ciega profundidad celeste,
abismo, verde
prado sobre el que aún, la bondadosa mentira de la
infancia
nos salva. Cielo tenaz
que labró en la corriente
su recinto de sombras. Poco a poco desciendo
a tus más altas bóvedas. Oh sueño vegetal!
Desde tus ramas toco
lentas criptas de luz, sombras conventuales, sacristías
de agua, pájaros
que trae la tarde, la romería del azar
en sus alas benditas.

Desciende entre pinares la quietud de la tarde.
En él fluyen los cielos y se desvela, como un tapiz, su música.
Suspendido en la imagen que reflejan las aguas, el universo sacia
la sed que no conoce límites. En mi sangre penetran
como luces dormidas los aromas, moradas
donde mi cuerpo habita, oculto, en sus remansos.

Desnudos paraísos de frío
sus paisajes de nieve, donde aún la pureza
fuera de mí, herida por la infancia, florece en la memoria
como un dios extinguiéndose.

Oyes,
cerca del puente de san Antón, el rumor verde
del Júcar. Qué sonidos ordena! Qué tempestades sueñan
en su abismo infinito! ¡Qué resplandor nocturno
de paraísos vegetales y de sombras celestes
en sus aguas reposa!

Como licor avanza
despertando el aroma
que habita los sonidos.

Cuántas veces
has hallado en su imagen
la palabra que nombra más allá de sí misma!

Son unos cuantos fragmentos, entresacados entre muchos otros, pertenecientes a sus libros *La ciudad*, *Bajorrelieve*, *Itinerario para náufragos* y, el último, de un poema inédito en libro que, seguramente, sería uno de los postreros en los que venía trabajando antes de su muerte, y que a buen seguro incluiría en un nuevo poemario titulado, según sabemos por Martín Muelas, *El infinito nos protege*. Así pues abarcan prácticamente todo su recorrido poético y vital, *permanecen* de principio a fin y demuestran el grado de coherencia indeclinable, de

honestidad poética, que es consustancial a una obra, la suya, que *aspira a la totalidad*. En ellos puede apreciarse –aunque quizá se diluya algo al ser simples fragmentos- esa convivencia –y pervivencia-, tan propia en Diego Jesús Jiménez, entre lo visible y lo no tan visible a primera vista, entre lo racional y lo irracional, lo real y lo mágico, lo vivido y lo imaginado o soñado, una dialéctica que mantendrá siempre consigo mismo y con su escritura, y que tanto nos gusta y emociona, a la vez que nos desasosiega, en sus versos. Pero qué pedirle a todo gran poema, qué debe hacer todo buen libro que no sea perturbarnos, emocionarnos, inquietarnos, estremecernos, desasosegarnos... sin, por ello, renunciar al deleite que su lectura nos proporciona. Cabe señalar aquí, respecto a la coherencia y a la honestidad de la propuesta poética de Diego a la que me refería pocas líneas más arriba, lo que, entre otros, Ángel Luis Luján ha anotado con pleno acierto: Diego Jesús Jiménez es un poeta a contra-tiempo, quiere decirse que es el suyo un *tempo* único y muy personal, pero también que se trata de un poeta “al margen”, tanto de modas y modos al uso –él, indiferente, ahonda a lo largo de toda su vida en su estética particular-, como de los dictados del pensamiento impuesto, del poético y del político, lo que, al cabo, hará que toda su trayectoria lírica se nos presente como una acabada expresión de autenticidad.

Resulta básico, para entender cabalmente la obra de Diego Jesús Jiménez, saber cuál es su poética, que él centra en la *representación de la realidad*. Sabedor de que a la realidad solo puede accederse a través de la poesía y del arte en general –desde dentro, porque desde el exterior se nos da falseada-, su verdadera obsesión será la reflexión sobre la capacidad de la palabra poética para acceder y desentrañar, y en definitiva mostrar, el misterio de la existencia. Así nuestro autor, compartiendo con Claudio Rodríguez su concepción de la poesía como “participación” da un paso más, y es un paso esencial, de gigante, al considerar que antes que participación la poesía es “anticipación”. Y quizá no esté de más apuntar aquí, ya que tanto se ha escrito sobre el débito que la poesía inicial de Diego Jesús tiene contraído con la de Claudio Rodríguez –indudable, por otra parte-, la gran distancia que, de otro lado, las separa y que puede resumirse sin más complicaciones

en la actitud vital y creativa de uno y otro. Antonio Domínguez Rey lo señala tan precisa como escuetamente: “para Claudio Rodríguez *somos obra de lo que resucita*, para Diego Jesús somos más bien remanente de lo que se apaga. [...] A Diego Jesús lo real le pierde, a C. Rodríguez le azuza. [...] Claudio confía. Diego se abate”.

Pero, retomando el hilo del discurso, ¿qué es eso de la anticipación? Volviendo a Ángel Luis Luján, que lo explica con claridad meridiana: “Crear es regresar al origen para anticiparse a la realidad. La única manera de crear una nueva realidad es volver al punto en que esa realidad no existía aún. [...] La realidad no puede comprenderse en su verdadero rostro si no es percibida desde un lugar originario, y es precisamente ese lugar originario el que tiene que ser creado por el poema, con la aceptación de la paradoja esencial: acceder a un lugar que debemos crear precisamente a través de nuestro acceso”; entiendo que quiere decir Luján *en y desde* esa ventana que abrimos a través del proceso creativo, *en y desde* el acto mismo de escritura del poema, que en sí ya es misterioso, por desconocido todavía cuando nos embarcamos en la aventura de surcar sus renglones y sus silencios, y, al menos, hasta que el poeta consiente ponerle el punto final, que no acabarlo, pues es ésta una tarea imposible. En unos versos de ese espléndido, memorable poema que es “Calderón de la Barca, 41”, escribe Diego:

... yo vivía
el deterioro de aquella casa familiar
en Cuenca, donde algún tostadero de café,
teñía con su aroma el invierno, como se tiñe ahora
de una luz sin origen la memoria.

Es decir, el pasado no tiene origen, se va creando, necesariamente, al evocarlo.

El problema con el que se enfrenta el poeta en el acto de creación, además, es que su herramienta, la palabra, es insuficiente y por momentos muy limitada para la expresar y expresarse —sin llegar, claro es, al extremo de Samuel Beckett que sugería “la muerte de las palabras”—,

pero de tal suerte que las palabras acaban por disfrazar la realidad –son disfraz porque evocan a las cosas pero no son las cosas-, y así el lenguaje no permite llegar a la médula, a la verdadera esencia de lo real, siendo sin embargo imprescindible para, al menos, hurgar en su misterio; y ello a pesar de que la poesía de nuestro autor, como apunté al principio, es sugerencia plena, se percibe con los cinco sentidos pues es pura imagen. *Sólo / el perdido disfraz / de todo lo que amamos / nos habla*, escribe Diego Jesús en el poema inicial de *Coro de ánimas*.

Sostiene el profesor Luján que “el poema no está hecho en sentido estricto de palabras, sino de imágenes verbales” y, en otra parte que “lo maravilloso poético reside en la utilización mágica del lenguaje”. El arte, para Diego, sigue diciéndonos, “nos da una realidad trascendida, modificada por nuestra conciencia, de modo que el poema es la manera no sólo de acercarse con más verdad a la realidad sino de adentrarnos en nosotros mismos. [...] Lo que importa, es lo que la poesía tiene de creación y cómo muestra a su vez el carácter creado de la realidad”. Por su parte, sobre este mismo concepto de la poesía entendida como anticipación leemos en el profesor Molina Damiani: “Anteponiendo la *anticipación* del conocimiento sensible a la *comunicación* del conocimiento racional, entiende Diego Jesús Jiménez que no son los sentidos los que producen el lenguaje, sino el lenguaje el que reactiva los sentidos. Su poesía, antes que producir sentido para el mundo, que lo produce y mucho, es producida por los sentidos, unos sentidos iluminados que se rebelan, puros, a seguir presos de una vida sin sentido.[...] Salva Diego Jesús Jiménez con su poesía, de un lado, todo aquello que vivió sin conciencia, lo que fue perdiendo sin apenas sentirlo, eso que apenas le dejó un vaguísimo recuerdo; y se anticipa, de otro, a lo que aún no le ha ocurrido, a lo que el futuro le imponga sentir sin permitirle reparar en lo que entonces le suceda, a todo aquello que su memoria no logre salvar del olvido cuando el pretérito acampe de pronto otra vez es su presente”. Por concluir con este aspecto capital en la poesía de nuestro autor, apuntaré el nombre de Saint-John Perse –un poeta, estoy convencido, mucho más citado que leído-, que en 1960, en el discurso pronunciado en el banquete de recepción del Premio Nobel de Literatura, dijo estas

palabras sobre la poesía: *El amor es su hogar, la insumisión su ley y su lugar está por todo, en la anticipación*. Es chocante la afinidad de sensibilidades –incuestionable, por otra parte- entre el autor francés de origen antillano y Diego Jesús, quien muy bien podría haber firmado estas palabras, sin entrar en matices. Para curiosos e interesados, les remito una vez más al artículo que al respecto publicó en su día el poeta, profesor e investigador literario Ángel Luis Luján Atienza, cuyos estudios –junto a los de Manuel Rico, Juan Manuel Molina Damiani, Juan José Lanz, Luis García Jambrina, Florencio Martínez Ruiz y Tomás-Néstor Martínez Álvarez, entre otros- son esenciales en el conocimiento de la obra de Diego Jesús Jiménez.

Quizá me he extendido en exceso en esta aproximación a la obra poética de Diego –por más que sea insuficiente, un simple esbozo apresurado de lo que podría desarrollarse en varios cientos de páginas cumplidas-, pero me ha parecido necesario para acercarlos someramente su poesía o, mejor, la concepción que, en parte, tenía de la creación poética Diego Jesús Jiménez a aquellos que la han frecuentado poco o han sido escuetos en su trato, y, quizá, para esos otros que ya vienen disfrutando desde siempre sus poemas, no haya estado de más *reactivar sus sentidos*, como decíamos antes, por mejor seguir la “lógica” no sé si *visionaria* o *alucinatoria* de este texto del que ya me apresuro a ofrecerles su parte vertebral: el discurso de ingreso en la RACAL del poeta Diego Jesús Jiménez. No si antes hacerles notar, brevemente, tres o cuatro cosas que conviene precisar.

No resulta disparatado suponer que, para su discurso, Diego Jesús habría elegido como tema el que siempre le atrajo más, el que le seduciría sin remedio hasta el último instante: la palabra y la creación poética. Si, como poeta, es autor de una obra breve, decantada y muy intensa, como *teórico* no podía de ser menos. Si observamos su labor como ensayista, repararemos pronto en que ésta se limitó, básicamente, a cuatro o cinco textos capitales –breves- que inciden una y otra vez sobre lo mismo, aunque ampliándose y aportando matices nuevos cada vez, bien es cierto. Diego es un poeta que, sobre todo en sus tres últimos poemarios, nos regala una serie de poemas maestros sobre su

concepción de la poesía y del arte –lo que Manuel Rico llamó más que poemas metapoéticos, metaartísticos- que destilan toda su sabiduría y buen hacer al respecto, y que bastarían por sí solos para entender, en toda su riqueza, su poética. En esto Diego sigue la sabia senda de los grandes poetas, sabedor de que la mejor poética, la auténtica, es la que emana del propio poema: toda poesía que se precie de serlo ha de llevar en su entraña, implícitos, su concepto y su precepto. Luego sobran las disquisiciones exteriores y las ajenas que, en el mejor de los casos, no hacen sino reiterar lo evidente, lo que ya se nos dio, destilado y más bellamente expresado, en la obra de arte. A fin de cuentas, todo arte que requiera una larga explicación no es arte, con suerte será artesanía, a lo peor bisutería, abalorio, baratija, cacharrería, y, en cualquier caso, explicar un poema –lo aprendimos en Neruda- es banalizarlo. Así pues, para la escritura del discurso tomo como referencia primera los poemas de nuestro autor y, después, los ensayos, reflexiones, entrevistas y demás textos de varia intención que recojo en la nota bibliográfica que cierra la edición impresa de este texto, además, claro está, de los comentarios de cosecha propia, y que, en su conjunto, espero que no *desentonen* en demasía con lo que serían las *palabras no imaginarias* del propio Diego; lo lamentaría si no fuera así porque *En la fina moldura / que los vocablos tienen para unirse con otros, hállase disfrazada / la verdad del poema*. En cualquier caso –y no es que quiera curarme en salud- siempre podré alegar en mi descargo las oportunas palabras de Harold Bloom, quien afirma que debemos leer infielmente a los maestros, como único modo de progresar como escritores; de manera que mis potenciales deslealtades y traiciones, si las hubiera, deben entenderse como un modo de acercamiento a mi propia tradición literaria y a mi particular cosmovisión del mundo, tan afín, estoy seguro, en tantas cosas, no solo a la Diego Jesús sino a la de todos los grandes poetas y escritores anteriores a nosotros a los que tan provechosa e infielmente hemos leído –él, yo y todos- con fervor y deleite.

Figurémonos ahora que estamos en el salón de actos del Centro Cultural Aguirre, en Cuenca, pero no en éste que pisamos hoy, no en el aquí de este minuto presente que es nuestro único caudal, sino en uno

remoto que habremos de crear evocándolo. Corren, quizá, los últimos días del otoño de 2001 y, tras esta misma mesa, puede que incluso sentado en la misma silla en la que yo me siento, Diego Jesús Jiménez se dispone a dar inicio a su lectura. Es probable que su discurso imaginario lleve por título, sencillamente, “De la poesía”, o “Reflexiones poéticas”; es un discurso soñado que él no sabe todavía que, muchos años después, solo estará en el sueño de otro escritor que vino a usurpárselo soñándolo para él. Se hace un silencio cómplice. Todo está dispuesto, el vaso de agua, los papeles –no muchos, la brevedad es marca de la casa-, el micrófono, los Académicos, el público y... obviando las protocolarias palabras iniciales, el poeta, con voz serena, dice:

«El primer conocimiento poético es el del lector, en quien el autor se perfecciona. Todo lector es un artista, término necesario de la creación poética. El conocimiento del lector, o primer conocimiento poético, es un aspecto de la obra misma. Sin lector, el poema es un pobre ser inexpresivo.»

He querido comenzar este discurso con las palabras de Dámaso Alonso porque, en efecto, creo que en el principio, en lugar muy destacado de la creación poética está el lector. En la escritura, que entiendo como un medio, un medio para dialogar con nosotros mismos, para aspirar, a través de ella, a conocernos de una manera más profunda y esencial, resulta no solo inevitable, sino indispensable la participación creativa del lector. Leer es crear, luego los lectores, además de cómplices insustituibles, irrenunciables de toda creación literaria, son también creadores ellos mismos, por cuanto lo que el autor propone les llega filtrado por su propia conciencia, su personal memoria del mundo, su singular experiencia de las cosas, con lo que su lectura, inexorablemente, modificará los contenidos de la escritura artística, aquellos que el escritor intentó expresar cuando se puso a la tarea de soñar la vida en palabras. Así, al banquete de la creación artística, están convidados todos, sin distinciones de clase, y la escritura, tal y como la concibo, es un acto coral en el que habrán de participar autores y lectores, cómplices en común afán y quehaceres. Y no conviene olvidar que antes que autor, el escritor es un lector, un lector minucioso, atento, agradecido. No es

posible ser un buen escritor si antes no se han devorado con pasión las palabras de los otros; no se puede ser un verdadero poeta si previamente no hemos enfermado de poesía en los versos de todos los grandes poetas.

Pero es que hay algo más. Cuando uno se pone a escribir –y digo escribir, crear, no trazar con regla, escuadra y cartabón lo trillado, lo ya sabido de antemano, lo formulario-, es decir, cuando uno asume la aventura y acepta el riesgo que entraña todo acto creador, lo que el poeta experimenta no es, desde luego, la poesía –como nos enseñó Eliot-, sino el material poético. Como ya he dicho alguna vez, al poeta le sucede lo mismo que al obrero en la construcción de un edificio: experimenta la argamasa, el cemento, los ladrillos, la plomada... pero no el edificio mismo; esto solo ocurrirá después, cuando la construcción se encuentre terminada. Para experimentar la poesía, el poema debe haber sido compuesto de principio a fin, de modo que el propio poeta es también lector de su obra, ha de sentir, como el primero de todos sus lectores, la emoción de la obra concluida que aquellos materiales por separado, con los que la compuso, no le permitieron sentir como autor durante el proceso creativo. Así, el poeta ha de acudir a la lectura de su propia obra para intentar reconocerse en aquello que él mismo ha escrito y que, sin duda, si el poema es bueno, le aportará, o le sugerirá, cosas nuevas, desconocidas, sorprendentes que ni pudo sospechar que se encarnarían en sus versos cuando, tras aquella imagen inicial que activó el proceso, se sentó a escribir. Esa es la grandeza de la poesía: espoleado por un estado de ánimo que le predispone y capacita para iniciar la escritura del poema, que le empuja a ello por pura necesidad, el poeta se enfrenta a su creación sin que haya nada, absolutamente nada que pueda darnos una solución previa al texto poético que intentamos componer que no se halle en el propio poema una vez concluido éste. Durante la escritura poética, nos dice Borges, “asistimos antes a una revelación que a un descubrimiento”; “el secreto se revela al escritor mientras lo escribe”, según María Zambrano. Es decir, es la poesía la que dispone, el poeta –con voluntad formal y pasión- solo propone. Y es que, como nos dice José Ángel Valente, “la poesía opera sobre el inmenso campo de la realidad experimentada, pero no conocida”.

Don Antonio Machado nos dijo que la poesía es *palabra esencial en el tiempo*. Yo sostengo que la palabra, además, es *tiempo* también. ¿Es la lectura que hacemos hoy de San Juan de la Cruz o de nuestro Fray Luis de León idéntica, la misma que se hizo en su edad? Obviamente, no. Wölfflin, que definiría los estilos como “visiones típicas de los siglos”, ya lo advirtió: “no todo es posible en cualquier época”. Y no obstante, ahí tenemos una muestra más de la grandeza del arte, de su carácter perdurable: *Lo que permanece, lo fundan los poetas*, escribió Hölderlin. La materia de la que está hecho el poema no es estática, sino cambiante, su palabra es palabra viva, lo que le permite seguir siendo a través de los siglos y de un modo u otro ser vehículo de la Historia y participar de sus modificaciones; al ser la palabra tiempo también podemos asistir a ella, aunque venga de muy lejos, de manera distinta a como fue concebida y tuvo lugar. Si miramos bien, la palabra poética no es otra cosa que la intersección de lo intemporal con el tiempo o, dicho de otro modo, el poema que escribimos hoy no es sino el pasado en su camino hacia el futuro. Y ello, a pesar de la paradoja que ha de enfrentar todo creador: el poeta no puede perpetuarse en el tiempo sin ser prisionero del suyo, porque todo arte verdadero es siempre hijo de su época.

El drama del poeta es que el medio del que se vale, la palabra, por lo común se nos queda corta o se nos cae o nos abandona, porque no encuentra manera de dar expresión a aquello que nos emociona y que es la esencia misma del poema. El arte no se puede contar. ¿Cómo podría yo contarles el *Soneto V* de Garcilaso si no es remitiéndoles a la lectura del propio poema? Y sin embargo no tenemos otra cosa más que la palabra: el lenguaje es el que habita al poeta —y no al contrario—, pero curiosamente el proceso de la creación empieza desde su insuficiencia, desde una carencia de lenguaje que habrá de conducirnos a un resultado que ignoramos. Se trata, pues, de expresar lo inexpressable. *Entornar la mirada / hasta ver lo impensable, es crear*, escribí una vez. He ahí la misión —y la principal aportación— del poeta (quiero decir, de la poesía), extraer luz de la penumbra, de la tiniebla, cuando no de la noche cerrada a cal y canto en su oscuridad absoluta; siquiera sea un hilo de luz, la de

un humilde candil que nos permita al menos reconocer por un instante las facciones del rostro amado.

Pero, ¿cómo hacerlo?, ¿qué misterio esconde el proceso creativo, ante tantas carencias, para que el poeta se ponga a la tarea de escribir un poema? En mi opinión, la clave radica en la *anticipación* a la realidad misma que el poeta activa cuando compone. El poeta se anticipa a la realidad, ofreciéndonos una realidad contenida en el propio poema que la realidad jamás nos daría; o dicho de otro modo, yo hablo de esa *realidad trascendida* o ese intento de *trascender lo aparente* –por medio de un lenguaje capaz de transustanciarse- que es todo poema, y que no se nos mostrará en plenitud, como ya queda dicho, sino después de la creación poética. Para ello debemos tener los sentidos en vilo, en permanente alerta, en un estado de máxima pureza, lo que nos obliga a situarnos, en lo posible, en los aledaños de nuestro propio origen, allá donde los sentidos, todavía incontaminados por el devenir de la personal historia, pueden valerse por sí mismos, se iluminan, y, desde ese estado primigenio superior, destilar palabras verdaderas, palabras que son vida y que necesariamente estarán siempre en permanente conflicto con el mundo que nos rodea y condiciona; un mundo éste en el que el lenguaje ya no se vive, simplemente se habla, porque la palabra, merced a indecencias y trapacerías, se utiliza hoy de forma ruin y cicatera, se vacía, se abisma en la nada... Se nos quiere expulsar de la palabra, de aquello que nos hace hombres, y libres, porque es este el camino más corto y seguro para acabar desalojándonos de nuestro propio ser. Cercenar las alas a la palabra es enjaular al hombre en jaula sin luz ni cancela: luz de sepulcro es esa. Tiene uno la sensación, a veces, de que el tiempo, este tiempo nuestro tan desflecado y gris, transcurre ya sin nosotros, por eso es más necesario que nunca desenmascararlo, arrancarle su disfraz, quemar sus antifaces. Al poeta de hoy quizá ya solo le quede –lo dijo Saint-John Perse- ser “la mala conciencia de su tiempo”.

Así pues, considero que se hace indispensable volver a aquella mirada pura –ya he repetido el ejemplo en varias ocasiones- que el hombre primitivo fija en las pinturas rupestres, donde el *artista*, con un sentido absoluto de la anticipación, no hace otra cosa que representar

o reflejar al animal cuya caza pretende. O regresar a ese lugar mítico que nos mostró Gabriel García Márquez, Macondo, ese Macondo de cada cual, donde todo estaba todavía por descubrir y por hacer, cuando *el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo*; aunque luego, andando el tiempo, las trampas y falacias de la Historia, las máscaras y antifaces que el hombre urde para falsear su propia condición y someter al otro, vengán a manchar ese lugar sin origen que nos remite, paradójicamente, a nuestro origen más puro, donde las cosas bien pudieran ser de otra manera. “Conformarse con la desgracia o la sinrazón de ayer”, escribe Antonio Muñoz Molina, “es un modo excelente de ir aceptando la desgracia y la sinrazón de mañana”. [...] Porque “la mejor literatura es siempre una vindicación de la palabra y el sueño, un disentir de la versiones obligatorias y unánimes de lo real” no podemos aceptar, sin traicionarnos a nosotros mismos, un pensamiento tan intransigente y reaccionario: el que postula que si algo ocurrió es porque tenía que ocurrir no hace sino legitimar el hecho en cuestión.

Mi amigo Manuel Rico tiene escrito por ahí que mi poesía se aproxima a la realidad soñándola, identificando lo imaginado por el deseo con la realidad misma, con la voluntad no de conocer –no es tarea de la poesía el conocimiento– sino de crear una realidad nueva. Lleva razón. Otra cosa es lograrlo, habitar su misterio. Pero desde luego, si la poesía nos ofrece la posibilidad de crear, creemos; si además nos habilita para intentar acceder a una realidad nueva, hagámoslo, porque en el camino, al menos, ampliaremos nuestra conciencia hacia esas zonas oscuras, misteriosas que se ocultan en las cosas y aun en el propio ser. Hurguemos en la memoria, indaguemos en el sueño –o en esa *loca de la casa*, que es como Santa Teresa llamó a la imaginación–, rastreemos en los anhelos y frustraciones del hombre, busquémosle ahí un refugio, en ese último faro de la utopía que es el poema, para que el hombre pueda seguir soñando, porque el más alto logro de la poesía es *hacer habitable la utopía en el lenguaje*. Si la realidad se nos presenta esquiva, que al menos podamos habitar su ritmo. Hace muchos años escribí: *La realidad no es nada / si no puede soñarse*. “Sombra de un sueño, el

hombre”, dijo Píndaro. Todo necesita ser soñado. El mundo vana cosa sería sin los sueños del hombre; el ser humano dejaría de ser tal sin la necesidad de soñar el mundo. “La naturaleza del hombre es el sueño”, escribe Shakespeare en *Ricardo III*. Si aceptamos que la palabra es el hombre, que el hombre es palabra viva, digo hoy que soñemos la palabra, para que las palabras nombren más allá de sí mismas, hasta alcanzar esa realidad *otra* más alta, más humana, emocionante y sentida. Esa a la que solo es posible acceder a través de los sentidos –que no del conocimiento–, esa que supone la superación de toda lógica racional por otra sensorial, en mi opinión más profunda, porque en la oscuridad del proceso creativo es el instinto, lo sensorial e intuitivo, no lo racional, lo que nos guía hacia la aventura de plantear el misterio a través del arte: la expresión poética es, en definitiva, emocional, en absoluto cuestión de raciocinios. Así creo que lo desconocido, el misterio, está en el origen de la creación poética. Sin emoción no es posible la creación artística. Compartiendo el pensamiento de Abel Salazar digo que lo que no conocemos, podemos llegar a conocerlo; lo misterioso, sin embargo, al intentar penetrarlo, se difumina. El misterio nos desazona o nos sobrecoge, en tanto que ante lo desconocido, a lo sumo se nos despierta la curiosidad. Si Claudio Rodríguez entiende que “el proceso de creación no es un proceso lógico”, Coleridge nos recuerda que la poesía posee una lógica propia, tan severa como la de la ciencia, y aún más sutil y compleja, relacionada como está con las cosas fugitivas.

Suele decirse de mi poesía que es irracionalista, como no puede ser de otra manera si aceptamos el aserto de Jorge Luis Borges, quien mantiene que “la raíz del lenguaje es irracional y de carácter mágico”. Yo digo, sin contradicción alguna, que se trata de un irracionalismo realista, pues utilizo lo irracional como medio de objetivar la realidad líricamente, con el fin de acceder a ella con un mayor grado de exactitud. “Una de las funciones cardinales de la poesía”, nos enseña Octavio Paz, “es mostrarnos el otro lado de las cosas, lo maravilloso cotidiano: no la irrealidad, sino la prodigiosa realidad del mundo”. El arte ha de hacernos ver aquello que se siente y sentir aquello que se ve: formalizar la materia, materializar la forma; porque, como quería Chateaubriand “no

hay nada bello, dulce, grande en la vida más que las cosas misteriosas. Los sentimientos más maravillosos son los que nos agitan de manera un poco confusa”. Pero teniendo conciencia, por otro lado, de que a veces tras una puerta puede habitar tanto la maravilla como la nada, más aún, sabiendo que cuando traspasamos una puerta podemos descubrir que la única realidad de la maravilla es, precisamente, su nada; porque al cabo, la realidad se nos muestra siempre en su disfraz, enmascarada o velada.

Con frecuencia me ocurre que yo no sé distinguir bien dónde se halla la línea que separa la realidad de la ficción, así que de algún modo también escribo para saber el lugar del laberinto en el que me encuentro, lo que en no pocas ocasiones resulta tranquilizador. Lo que sí sé, sin embargo, es que ni siquiera la novela es un espejo en movimiento recorriendo ese camino por el que la imaginaba Stendhal, y, en consecuencia, creo que el arte no puede ser nunca objetivo. Como muy bien aseveraba José Bergamín, el hombre es sujeto, por tanto, subjetivo, no objetivo. Lo cual no obsta, bien es cierto, para que la escritura poética, como todo arte que se pretenda verdadero, se deba a la relación profunda del creador con la vida, con la que ha de comprometerse hasta el tuétano, porque lo que el poeta necesita no son unas palabras cualquiera, no, lo que el poeta precisa son palabras vividas, si de lo que se trata es de alcanzar –tarea imposible probablemente– ese legítimo y tan humano deseo de permanencia, no por vanidad, sino con el sencillo afán de intentar salvar algún gesto, algún rasgo nuestro del naufragio al que asistimos permanentemente a lo largo de la existencia, a sabiendas, como dijo Rilke, de que lo único que puede abrigarnos es la intemperie; pero ¿qué mejor abrigo para un náufrago, sino ese que nos deja al raso sobre un lecho de arena y hojas, cubiertos únicamente por el azul del cielo o la luz de las estrellas en el firmamento? Mi poesía posee, creo, ese latido onírico, –de orfandad cósmica, dice Florencio Martínez Ruiz– que es lo que la distingue y la salva, si es que algo ha de salvarse pues llegará un momento aciago en el que todo se esfume y desaparezca. En cualquier caso lo que a mí me interesa sobre todo es zambullirme, a través de la palabra poética, en el constante misterio de la propia vida, nadar en él, vivir en él aun teniendo la certeza de la imposibilidad de desvelarlo a

través del arte: ya es bastante, para empujarte a escribir, con rascar en sus disfraces, y mostrarlo, y ofrecerlo. La poesía no es fruto, sino semilla. Con Hölderlin, yo creo que *el hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona*, y ello a pesar de que *cuando el entusiasmo desaparece, ahí se queda, como un hijo pródigo a quien el padre echó de casa*. Por eso definiendo el arte como sueño, mi inclinación natural desde que recuerdo. Ya saben aquello que decía nuestro Fray Luis: “Las obras conducen, y la perfección ordena, y la inclinación lleva a cada cual a su casa”.

Y para conseguir alcanzar –siquiera sea alguna vez, porque cuántas veces fracasamos- eso que llamamos poesía, es indispensable la forma. “A la ética por la estética”, decía don Antonio Machado. Por su parte, José Hierro señala que “la forma modela, contiene exactamente el fondo, como la piel al cuerpo humano”, es decir, “en el poema forma y fondo son inseparables”. Si el arte, como decía hace un momento, es hijo de su tiempo, lo es fundamentalmente porque su forma responde a lo que su tiempo le exige, porque es rasgo esencial que lo caracteriza y determina. Si, por ejemplo, Dante ha perdurado es, porque siendo ejemplo de toda una época de Italia, estando atrapado en ella, logra trascenderla constantemente, la universaliza. Así, hoy debemos, en la manera de tratar los temas que nos ocupen, ser consecuentes con el momento que nos ha tocado vivir, porque es el único modo de dar cuenta de lo que somos y sentimos; asumiendo la tradición, claro está, pero siendo conscientes de que ya no podríamos escribir en hexámetros como lo hizo Homero, o en liras como Fray Luis; nuestros nuevos modos de decir se deben ajustar a este tiempo confuso, desnortado, quebrado, rápido, fragmentario que conforma la circunstancia del ser humano en nuestros días, porque de lo contrario ni seremos entendidos en nuestra propia época ni nuestro arte dará testimonio de la misma en el porvenir. En pocas palabras: si nuestro concepto de las cosas y, en consecuencia, su traducción formal, no pertenece a la misma sociedad que lo conformó, nuestro arte será huero y no conseguirá que sus potenciales lectores –ni presentes ni futuros- lo sientan como propio. El arte, en fin, es voluntad de forma. Y la forma el único modo de habitar el ritmo de

una época, en su rica diversidad, por supuesto: para mí, es el ritmo del misterio y el sueño.

En el prólogo a un libro de Pablo Neruda escribí: “La memoria no es sino una reflexión profunda a través del lenguaje, una potencia del alma por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado. La memoria amplía, rectifica, conoce, profundiza en lo recordado, construye su silencio, es creativa, selectiva e imaginativa, llega a ser sensación únicamente, silencio lleno de imágenes inexpresables, lugar habitado por nuestra conciencia en el que encuentra la escritura su límite”. Porque el presente es fugaz –tanto que no es posible vivirlo– solo se vive en la memoria, en ese presente del pasado, como la llamó San Agustín. El instante, ese instante permanente que habitamos y nos habita, y que es rabioso presente en vuelo instantáneo hacia el pasado, es toda nuestra eternidad: una imagen efímera, evanescente, sucesiva que nos concede cierta ilusión de vida; ¿o su disfraz? William Blake escribió estos versos portentosos: *Para ver un Mundo en un Grano de Arena, / Y un Cielo en una Flor Silvestre: / Sostén el Infinito en la palma de tu mano / Y la Eternidad en una hora.* Y yo escribí este otro verso: *La eternidad sólo vive en lo efímero.* El pasado no pasa nunca, ni siquiera, nos dijo Faulkner, es pasado; el pasado es solo una dimensión del presente. La memoria, que es una fuerza activa opuesta al recuerdo, no solo revive las cosas sino que, además, tiene la capacidad de transformarlas, por medio de la ensoñación, y nos da una mirada nueva, limpia y más lúcida, una mirada que no se limita a ver, sino a contemplar. *Que nunca / pierda su antiguo oficio / la memoria,* escribí en mi poema “Primer amor”. Aunque toda memoria, sometida a las usuras del tiempo, no sea al fin sino pura invención, un disfraz que hemos de ponerle a la realidad para hacerla representable y vivible. El regreso, mal que nos pese, es al cabo imposible. Mi poemario *Itinerario para náufragos* se abre, entre otras, con una cita de Pessoa que dice: *... y siento / que quien soy y quien fui / son sueños diferentes;* porque sé, como Heráclito, que uno no puede bañarse dos veces en la misma agua del mismo río, que solo hay una vez para todo: el resto consiste en presentir el fracaso, sentarse a contemplar sus ruinas y esperar el final. *Transitorio es llegar / a parte*

alguna. Transitorio el sentir / y el pensamiento, dije en el poema “Interminable imagen”.

¿Qué fuerza invencible nos arrastra entonces a insistir en la poesía? Qué, sabiendo de la fugacidad de todo lo humano a

Dibujar en el agua una flor; descomponerla luego
arrojando una piedra, u otra flor, al estanque donde vivió su
[imagen.
Destruir y crear. He aquí dos palabras,
[dos bellos gestos que
nos producen placer. ¿No surge el arte
de las más dolorosas y turbias experiencias
de la razón? Construir un paisaje
con las ruinas de otro, y con la sombra de un vocablo
iluminar la vida.

Tal vez si lo supiera, si en verdad me fuese dado el don de develar el misterio, dejaría de escribir al punto y para siempre.

Pero no voy a fatigarles más. Permítanme, para ir acabando ya, que cite al maestro Mallarmé, quien decía aquello de que todo en el mundo existe para acabar convirtiéndose en un libro. Pero, ¿y si fuese al revés? ¿No sería hermoso que todo en los libros existiera para acabar siendo vida plena? Uno ya se conformaría con que su obra respondiera a aquella imagen de Borges –tan poco dado él a las imágenes poéticas– sobre la condición del escritor. Un hombre se propone la tarea de dibujar un mundo –venía a decir el autor argentino–; poco antes de morir descubrirá que el laberinto de líneas que ha trazado forma la imagen de su cara. Yo querría que los rasgos de esa cara, que sin duda se contempla en las aguas del Júcar, no fueran los de un falso reflejo, sino las claras facciones del otro, ese cómplice desconocido que en nuestro poema se mira, y se reconoce, y lo siente suyo.

Porque *La magia / no envilece a las cosas: las consagra / en su altar misterioso / donde el tiempo no existe*, quisiera yo que hoy no fuera hoy –concédanme la licencia–, que en vez de en este otoño del

año 2001 desde el que les hablo, estuviéramos, pongamos por caso, en 2015, y yo hubiera escrito unos versos que nunca escribiré y que, para entonces, podrían sonar más o menos de esta manera:

Se sueñan las palabras a sí mismas,
en jubilosa algarabía sueñanse
otras,
y es su sueño
imagen de la vida,
prenda
de amor de un tiempo
esquivo que fue tuyo.
Son muchas las palabras
que nos niegan,
pero una
sola
nos ilumina.

Si hoy no fuese hoy, si en lugar de en 2001, el tiempo nos hubiese situado en un día de enero del año 2015, y si este discurso mío de ingreso en la RACAL no fuese mío, sino el sueño de alguien que por mí quiso soñarlo *donde el tiempo no existe*, es decir, en un texto de creación literaria –entornen los ojos, suelten su imaginación y déjense sentir–, yo podría entonces tener en este mismo instante un fugaz recuerdo del futuro y asumir para la poesía las palabras que un actor ya conocido en esas fechas venideras, Asier Etxeandía, habrá pronunciado en nuestro Teatro-Auditorio. Refiriéndose al arte de las tablas dirá el actor: “...la magia del teatro consiste sencillamente en eso: uno habla, y otros deciden creer”. Y juntos –añado yo–, crean.»

Hasta aquí el discurso “imaginario” de Diego Jesús Jiménez que, en rigor, debería poner el punto final al mío. Pero creo que no debo dejar pasar la ocasión sin leer, ya que han sonado tantos versos sueltos aquí y allá, un poema completo de nuestro poeta. Cerrando el círculo de la impostura les leeré después otro poema firmado por mí, hecho a

imagen y semejanza del de Diego –aunque difícilmente soportaría la comparación con el original- que compuse en su homenaje. La poesía es siempre una celebración de los sentidos, una fiesta de las emociones, así apele al *dolorido sentir* garcilasiano, por tanto no ha de ser mal remate, creo yo, para este discurso que, con la mayor humildad, fía todo su hacer y su intención a su discreta indulgencia.

EL LINGÜISTA

A Manuel Alvar

Es ambición hermosa someter las palabras.
Reclamaba el lingüista
la precisión del tiempo para nombrar las cosas.
Conocer los arroyos, las escondidas sendas de los sabios, y
[las noches
abrasadas de flores; donde el lenguaje abre sus palabras más
[justas.

Juan de Valdés sabía
que las palabras pueden penetrar la materia
y, con su luz más diáfana, establecer un orden en su universo
[helado.

Trabajó con las sombras, vivió oculto en la niebla
de su taller oscuro; en fríos alambiques de vidrio, acontecieron
los más bellos vocablos. Destilaba la razón en matraces,
[calentaba sus pétalos
en busca del aroma que las palabras dejan en el aire al nombrarlas.
Atravesó la noche donde el silencio habita
los perfumes más cálidos. Ese resol perdido
incendiando la tarde por las hoces de Cuenca
iluminó su frente. Y acaso viera el cielo, con su escritura pálida
[en las aguas,
transcribir la belleza, la exactitud de toda su penumbra infinita.

Que la palabra nombre con su sabiduría, llene de sonidos
[exactos y de luces precisas
nuestro conocimiento. Si es en los ríos donde se detiene
sea fría su música, transparentes y frescas sus dormidas imágenes;
transcurran las palabras reflejando el silencio
o queden derrotadas recorriendo sus bóvedas, entre polvo,
[a la sombra
de sus casas en ruinas, si acuden a las plazas vacías de la Historia.
Someter la palabra, Juan de Valdés, es ambición hermosa,
pues que así se da nombre y destino a la vida, la materia ilumina
su corazón cerrado.

LUGAR DEL CANTO

*A Diego Jesús Jiménez, amigo y maestro,
in memoriam.*

Es ambición hermosa someter las palabras.
Reclamaba tu verso, Diego, la lentitud del buey,
la firme levedad del junco, el más diáfano vuelo
del pájaro, ese lugar del canto donde la vida
se remansa, o se precipita, como el agua de un río sin márgenes
que nos trae y nos lleva a su antojo. De la orfandad
del universo, abierta el alma en carne viva, tomó el vocablo
la pura materia que te nombra, la más alta gracia que la belleza
[diera
a hombre alguno,
la llama que arde y se consume en la armonía.
Es hermosa ambición someter las palabras, Diego, porque las
[palabras son,

enjugadas sus carencias, limadas sus aristas, luz,
un jirón de luz, acaso los escombros
de una luz hecha a la medida de un hombre.

En su continuo
fluir por las edades son cadencia en el tiempo,
rastros, huellas, anhelo de eternidad,
aroma de un instante perpetuo que nos salve.

Entre las ruinas
de tu casa desolada, sobre sus frutos caídos, se alza hoy
tu voz más clara, la eterna melodía de cuanto fue creado
y a la belleza dio su don más limpio.

Someter la palabra, Diego Jesús, es ambición hermosa
que no destruye la muerte, pues que la vida,
ganado tu jornal, de par en par abierto
el lugar del canto,
fermenta en otros sueños que te nombran
por desatar el tiempo
que prende en el poema
y te ilumina.

Es todo. Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA DE DIEGO JESÚS JIMÉNEZ CONSULTADA

LIBROS DE POEMAS

- Coro de ánimas*, Madrid, Biblioteca Nueva, “Premio Nacional de literatura”, 1968, 108 p.
- Bajorrelieve*, Huelva, Diputación, “Premio Juan Ramón Jiménez”, 1990, 87 p.
- Itinerario para naufragos*, Madrid, Visor, 1996, “Premio Jaime Gil de Biedma, 1996”; “Premio Nacional de crítica, 1996”; “Premio Nacional de Literatura, 1997”, 83 p.
- Poemas del Júcar*, Cuenca, Ediciones Artesanas y Diputación Provincial, 1998, s.p. (32 p.)
- Bajorrelieve e Itinerario para naufragos*, (Edición crítica de Juan José Lanz), Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas), 2001, 312 p.
- Fiesta en la oscuridad*, (Con epílogo de Pedro Luis Casanova), Madrid, Bartleby Editores, 2006, 72 p.

ANTOLOGÍAS POÉTICAS

- “Antología de la joven poesía española”, en Enrique Martín Pardo: *Antología de la joven poesía española*, Madrid, Pájaro Cascabel, 1967. 206 p.
- “La nueva poesía española”, en Florencio Martínez Ruiz: *La nueva poesía española. Antología crítica. Segunda generación de postguerra (1955-1970)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1971, 321 p.
- Poesía [1961-1976]* (“Prólogo” de María del Pilar Palomo), Barcelona, Anthropos, 1990, 224 p.
- “Breve antología poética” en Manuel Rico: *Diego Jesús Jiménez: la capacidad visionaria y meditativa del lenguaje*, Cuenca, Ayuntamiento/Instituto Juan de Valdés, 1996, pp. 77-99.
- “Antología de la poesía española (1960-1975)”, en Juan José Lanz: *Antología de la poesía española (1960-1975)*, Madrid, Espasa Calpe (Colecc. Austral), 1997, pp. 193-216.

Iluminación de los sentidos, (Estudio previo de Manuel Rico), Madrid, Hiperión, 2001, 240 p.

“Mar interior: poetas de Castilla-La Mancha”, en Miguel Casado (Selección e Introducción): *Mar interior: poetas de Castilla-La Mancha (Antología)*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Consejería de Educación y Cultura, 2002, pp. 65-77.

“Difícil belleza: Antología poética de Diego Jesús Jiménez, 1961-2005” (Selección de poemas e introducción de Juan M. Molina Damiani) en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas (Coord.): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colecc. Humanidades), 2007, pp. 435-540.

“Los rostros de Medusa: 20 años de poesía conquense (Antología)”, en Ángel Luis Luján Atienza: *Los rostros de Medusa*, Ciudad Real, Almud, Biblioteca Añil Literaria, 2009, pp. 58-77.

“Priego en los poemas de Diego Jesús y En la movilidad de un tiempo esquivo” (Selección de poemas e introducción de Martín Muelas) en Martín Muelas: *Diego Jesús Jiménez: Fugacidad inmóvil en Priego*, Cuenca, Diputación, 2010, pp. 43-114.

ENSAYOS, REFLEXIONES POÉTICAS, ENTREVISTAS Y OTROS TEXTOS

“Declaraciones de D. J. J.” en Juan Francisco M.-Herrera: *Un poeta para un premio*, en “Solidaridad Nacional, 1-XII-1968. [Según lo cita Juan José Lanz en la “Introducción” a Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas), 2001, pp. 9-144.]

“Declaraciones de D. J. J.” en José A. Gaciño: *Diego Jesús Jiménez y su “Coro de ánimas”*, en “SPrama”. [Según lo cita Juan José Lanz en la “Introducción” a Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas), 2001, pp. 9-144.]

- “Pregón de la Semana Santa de Cuenca del año 1969”, en Luis Calvo Cortijo (Compilador e introductor): *Pregones y Pregoneros: Semana Santa de Cuenca (1945-1991)*, Cuenca, Caja de Ahorros de Cuenca y Ciudad Real, 1992, pp. 144-148.
- “*Declaraciones de D. J. J.*”, en Rafael Alfaro: *Una llamada al misterio. 4 poetas, hoy*, Barcelona, Ediciones Don Bosco, Cuadernos “edebé”, 1975, pp. 33-34. [Según lo cita Juan José Lanz en la “Introducción” a *Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas)*, 2001, pp. 9-144].
- “*Declaraciones de D. J. J.*” en Ramón Pedrós: *Coros y ceremonias de Diego Jesús Jiménez*, Diario ABC, 27-III-1975. [Según lo cita Juan José Lanz en la “Introducción” a *Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas)*, 2001, pp. 9-144.]
- “Diego Jesús Jiménez: *Fiesta en la oscuridad*”, entrevista a Juan de H. (pseudónimo de Juan Ruiz Garro), revista El Banzo, N° 12, Cuenca, diciembre 1976, pp. 34-36.
- “Diego Jesús Jiménez: la sola soledad de la palabra en cruz” entrevista a José Ángel García, Cuenca, Revista Olcades N° 13, 1983, pp. 16-20.
- “Solista sin coro”, en José Luis Muñoz [Ramírez]: *La memoria colectiva*, Cuenca, Ed. Olcades/Gaceta Conquense, 1987, pp. 139-152.
- “*Declaraciones de D. J. J.*” en Héctor Carrión (ed.): *Poesía del 60. Cinco poetas preferentes*, Madrid, Endymión, 1990. [Según lo cita Juan José Lanz en la “Introducción” a *Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas)*, 2001, pp. 9-144].
- “Carta a Luis García Jambrina (fecha el 19-XI-1990), [Según lo cita Juan José Lanz en la “Introducción” a *Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas)*, 2001, pp. 9-144.]
- “El autor ante su obra: *Bajorrelieve*”, en *Los Libros de El Sol*, suplemento cultural de “El Sol”, 15-II-1991, p. 2

- “La austera claridad de *La luna en los álamos*”, en Francisco Mora: *La luna en los álamos*, Cuenca, Ayuntamiento (Colección Papeles del Júcar), 1992, pp. 7-10.
- “La lectura como ejercicio de libertad (Pregón de la XIV Feria del Libro de Cuenca, leído en el parque de San Julián el día 3 de agosto de 1992)” en la revista “Diálogo de la lengua”, Nº 11, Cuenca, Olcades, primavera de 2010, pp. 11-19.
- “Presentación”, en *Lugar de la palabra (I Semana poética de Cuenca, 1991)*, Cuenca, Ayuntamiento, Diputación, Delegación Provincial de Educación y Cultura, Caja de Ahorros de Cuenca y Ciudad Real y UIMP, 1992, pp. 7-10.
- “Presentación”, en *Concierto barroco (II Semana poética de Cuenca, 1992)*, Cuenca, Ayuntamiento, Diputación, Delegación Provincial de Educación y Cultura, Caja Castilla-La Mancha y UIMP, 1993, pp. 7-10.
- “Presentación”, en *La ceremonia de la diversidad (III Semana poética de Cuenca, 1993)*, Cuenca, Ayuntamiento, Diputación, Delegación Provincial de Educación y Cultura, Caja Castilla-La Mancha y UIMP, 1993, pp. 7-12.
- “Algunas reflexiones sobre la poesía en la última década del siglo. (Poesía y anticipación)”, en Claudio Rodríguez (presentación y dirección de): *Propuestas poéticas para fin de siglo. Curso de verano organizado por la Fundación Cultural Banesto en colaboración con la Universidad de Alcalá de Henares*, Madrid, Fundación Cultural Banesto, 1993, pp. 17-32.
- “La poesía como anticipación”, en *República de las letras*, nº 46, Diciembre 1995, pp. 77-84.
- “Algunas reflexiones sobre la creación poética” en Manuel Rico: *Diego Jesús Jiménez: la capacidad visionaria y meditativa del lenguaje*, Cuenca, Ayuntamiento/Instituto Juan de Valdés, 1996, pp. 67-76.
- “*Itinerario para naufragos: Premio Nacional de Literatura*” en el diario “El Día de Cuenca” de 25-X-1997, recogido después en Florencio Martínez Ruiz: *Leer y entender la poesía de*

- Diego Jesús Jiménez (Crónicas, críticas y notas de mi agenda periodística.)* Cuenca, Diputación (Colec. Atalaya), 2009, pp. 127-135.
- “Como un ángel huido de los cielos (entrevista a D.J.J.)” en Manuel Quiroga: *Cuadernos del Sur*, suplemento del *Diario de Córdoba*, 9-V-1997. [Según lo cita Juan José Lanz en la “Introducción” a *Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos*, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas), 2001, pp. 9-144.]
- “Una cierta forma de mirar y entender” en *Congreso de escritores conquenses: Actas I y II Congreso (1998-2003)*, Cuenca, Diputación, 2008, pp. 19-24.
- “Prólogo”, en Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, Madrid, Colección Millenium (Diario El Mundo), 1999, pp. 5-8.
- “José Hierro, poeta para el tiempo” en Martín Muelas Herraiz y Juan José Gómez Brihuega (Coordinadores): *Leer y entender la poesía: José Hierro*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2001, pp. 203-213.
- “Declaraciones de D.J.J.” en Méndez Rubio, Antonio: *Poesía’68. Para una historia imposible: escritura y sociedad*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2004. [Según lo cita Ángel Luis Luján en *Desde las márgenes de un río. La poesía coral de Diego Jesús Jiménez, Córdoba, La manzana poética, 2006*]
- “Por la diversidad”, ponencia inédita. Encuentros en Verines, Pendueles (Asturias), Septiembre de 2004. [Accesible en página web del Ministerio de Cultura: <http://www.mcu.lintraverines/documentos/V04JIMENEZ.pdf>]
- “«Cinco poetas en otoño». Buscando la puerta del corral” en Arturo Tendero: *La Verdad* de Albacete, 20-X-2007. [Según lo cita Juan M. Molina Damiani en “Por el camino de la desposesión: la poesía de Diego Jesús Jiménez”, *Elucidario*, Nº 6, Septiembre 2008]
- “Entrevista” a Ricardo Pérez Hernández, en “El Día de Albacete”, 22/XI/2007, p. 13.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL CONSULTADA

POR LIBROS Y OTRAS PUBLICACIONES

- DIEGO JESÚS JIMÉNEZ: LA CAPACIDAD VISIONARIA Y MEDITATIVA DEL LENGUAJE, Manuel Rico. Cuenca, Ayuntamiento/Instituto Juan de Valdés, 1996, 132 p.
- EL MOLINO DE PAPEL [Pliegos de poesía], Estudio introductorio y Edición facsímil de Hilario Priego Sánchez-Morate y José Antonio Silva Herranz, Cuenca, Diputación, 1997, 840 p.
- PAPELES, Nº 1, Separata cultural de la revista “Crónicas de Cuenca” *[Número dedicado íntegramente a DIEGO JESÚS JIMÉNEZ; contiene textos de JOSÉ ÁNGEL GARCÍA, FRANCISCO MORA, ÁNGEL LUIS MOTA, MIGUEL ÁNGEL ORTEGA Y FRANCISCO PAGE, y el primer fragmento (manuscrito autógrafo) del poema que Diego Jesús Jiménez escribía entonces: Las formas del silencio.]* Cuenca, revista “Crónicas de Cuenca”, nº 48, 3/I/1998.
- DESDE LAS MÁRGENES DE UN RÍO (La poesía coral de Diego Jesús Jiménez), Ángel Luis Luján, Córdoba, Ediciones Litopress/La manzana poética, 2006, 324 p.
- LA POESÍA DE DIEGO JESÚS JIMÉNEZ, Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (*Coordinadores*). Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, 680 p.
- LEER Y ENTENDER LA POESÍA DE DIEGO JESÚS JIMÉNEZ (CRÓNICAS, CRÍTICAS Y NOTAS DE MI AGENDA PERIODÍSTICA), Florencio Martínez Ruiz. Cuenca, Diputación (Colección Atalaya), 2009, 240 p. *[Libro recopilatorio de textos publicados en diversos diarios y revistas por Martínez Ruiz sobre la obra de Diego Jesús Jiménez, a lo largo de más de cuarenta años: desde principios de los años 60 de la pasada centuria hasta los primeros del nuevo milenio. Contiene treinta textos exentos, precedidos de un prólogo redactado para la ocasión.]*

- ENTRE EL NAUFRAGIO DE LA LUZ Y EL SOMETIMIENTO DE LA PALABRA. LA POESÍA DE DIEGO JESÚS JIMÉNEZ, Tomás-Néstor Martínez Álvarez. Universidad de León. Tesis Doctoral, 2010, 572 p. [Accesible en la página web de la Universidad de León: <https://buleria.unileon.es/>]
- DIÁLOGO DE LA LENGUA (*Revista de Estudio y Creación Literaria*), Nº 11 (*Monográfico dedicado a Diego Jesús Jiménez*), Cuenca, Olcades, primavera de 2010, 192 p.
- DIEGO JESÚS JIMÉNEZ: FUGACIDAD INMÓVIL EN PRIEGO, Martín Muelas. Cuenca, Diputación, 2010, 120 p.
- DIEGO JESÚS JIMÉNEZ. LEER Y ENTENDER LA POESÍA, Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (*Coordinadores*). Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2011, 320 p.
- EL SOMETIMIENTO DE LA PALABRA (POÉTICA): LA POESÍA DE DIEGO JESÚS JIMÉNEZ ENTRE *FIESTA EN LA OSCURIDAD* E *ITINERARIO PARA NÁUFRAGOS*, Tomás-Néstor Martínez Álvarez. Valencia, Pre-Textos, 2012, 376 p.

POR AUTORES Y TEXTOS

- ALFARO, Rafael. “*Bajorrelieve*. Magia y realidad” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 81-82; artículo publicado previamente en “*Reseña*”, Nº 212, diciembre 1990.
- ALONSO, Dámaso. *Poesía española*. Madrid, Gredos, 1993.
- ALVAR, Manuel. “La vida es la tarde reflejada” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 87-89; artículo publicado previamente en “*Blanco y Negro*”, Nº 3794, 15-III-1992.

- BAGUÉ QUÍLEZ, Luis. “Escenografía de un poema: «En la pintura de ‘El Bosco’», de Diego Jesús Jiménez” en Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *Diego Jesús Jiménez. Leer y entender la poesía*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2011, pp. 157-169.
- BELLO, Javier. “Historia, sueño y conciencia” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 223-227.
- BLAKE, William. *Ver un mundo en un grano de arena (poesía)*. [Ed. bilingüe de Jordi Doce], Madrid, Visor, 2009. 526 p.
- BORGES, Jorge Luis. *Obras completas*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1992-1993, 4 vol.
- CASANOVA, Pedro Luis. “Palabras para *Fiesta en la oscuridad*”, en Diego Jesús Jiménez: *Fiesta en la oscuridad*. Madrid, Bartleby Editores, 2006, pp. 51-70.
- CHATEAUBRIAN, François-René. *El genio del cristianismo*, Madrid, Ciudadela, 2008, 624 p.
- COBOS WILKINS, Juan. “En la raíz transparente del misterio” en *El País* 12-V-2001, Madrid, “Babelia”, p. 14.
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo. “*Coro de ánimas*. De Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 51-53; artículo publicado en *ABC*, 26-XII-1968 y recogido también en Díaz-Plaja, Guillermo: *Cien libros españoles. Poesía y novela, 1968-1970*, Salamanca, Anaya, 1971, pp. 112-116.
- DIEGO, Gerardo. *Poesía española (antologías)*, Madrid, Cátedra, 2007, 920 p.
- DOMÍNGUEZ MILLÁN, Enrique. “Notas para una historia de la Real Academia Conquense de Artes y Letras” e “Historia de la Academia (II): La era Carlos de la Rica” en *Académica: Boletín*

- de la Real Academia Conquense de Artes y Letras*, números 2 y 3, pp. 9-37 y 55-76.
- DOMÍNGUEZ REY, Antonio. “Razón coral de una evidencia cósmica: Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 133-149; publicado previamente en Antonio Domínguez Rey: *Novema versus povema. (Pautas líricas del 60)*, Madrid, Torre Manrique Publicaciones, 1987, pp. 167-181.
- GALANES, Miguel. “El colorido de lo visionario. *Bajorrelieve*, de Diego Jesús Jiménez” en *El Sol*, 5-X-1990, Madrid, “Los Libros de *El Sol*”, p. 10.
- GARCÍA, José Ángel. “Diego Jesús Jiménez: la sola soledad de la palabra en cruz”, en Revista *Olcades*, N° 13, Cuenca 1983, pp. 16-20.
- GARCÍA JAMBRINA, Luis. “La realidad soñada de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 83-86; artículo publicado previamente en “*Ínsula*”, N° 534, junio 1991.
- GARCÍA JAMBRINA, Luis. “Diego Jesús Jiménez”, en diario *ABC*, 13-X-1998.
- GARCÍA JAMBRINA, Luis. “La palabra visionaria de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 293-300.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Cien años de soledad*, Real Academia Española, 2007, 614 p.
- HAUSER, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Labor, 1988. [Según lo citan el propio Diego Jesús Jiménez en “*Algunas reflexiones sobre la poesía en la última década del siglo (Poesía y anticipación)*” y Juan José Lanz en la

- “*Introducción*” a *Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos*, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas), 2001, pp. 9-144.]
- HERNÁNDEZ, Antonio. “Diego en los años como antorchas” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 309-311; recogido luego, sin variante alguna, en la revista “Diálogo de la Lengua”, N° 11, Cuenca, Olcades, primavera 2010, pp. 115-120.
- HERNÁNDEZ, Antonio. “Con Diego Jesús Jiménez (pruebas de una amistad)” en Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *Diego Jesús Jiménez. Leer y entender la poesía*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2011, pp. 23-32.
- HÖLDERLIN, Friedrich. *Hiperión o El eremita en Grecia*, Madrid, Ed. Hiperión, 2002, 224 p.
- JIMÉNEZ MARTOS, Luis. “Un poeta visionario” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 63-66; artículo publicado previamente en “La estafeta literaria”, N° 608, 15-III-1977.
- JUAN DE H. (pseudónimo de JUAN RUIZ GARRO). “Diego Jesús Jiménez: *Fiesta en la oscuridad*”, en la revista El Banzo, Cuenca, Diciembre 1976, pp. 34-36.
- LANZ, Juan José. “Introducción”, en Juan José Lanz (Edic.): *Antología de la poesía española (1960-1975)*, Madrid, Espasa Calpe (Colecc. Austral), 1997, pp. 9-88.
- LANZ, Juan José. “Introducción” en *Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para náufragos*. Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas), 2001. pp. 9-144.
- LANZ, Juan José. “La palabra en el tiempo de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz

- (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 115-131; artículo publicado previamente en “Ínsula”, N° 607, julio 1997.
- LANZ, Juan José. “*Ut pictura poesis*. Algunas relaciones entre poesía y pintura en la obra poética de Diego Jesús Jiménez” en Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *Diego Jesús Jiménez. Leer y entender la poesía*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2011, pp. 171-200.
- LLEDÓ, Emilio. “Breve meditación sobre la poesía de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 323-329.
- LUJÁN ATIENZA, Ángel Luis. *Desde las márgenes de un río* (La poesía coral de Diego Jesús Jiménez), Córdoba, Ediciones Litopress/La manzana poética, 2006, 324 p.
- LUJÁN ATIENZA, Ángel Luis. “Apuntes sobre el culturalismo. El caso de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 331-338.
- LUJÁN ATIENZA, Ángel Luis. “Introducción”, en Ángel Luis Luján Atienza: *Los rostros de Medusa: 20 años de poesía conquense (Antología)*, Ciudad Real, Almud (Biblioteca Añil Literaria), 2009, pp. 7-57.
- LUJÁN ATIENZA, Ángel Luis. “Poéticas de la anticipación y de la máscara. Diego Jesús Jiménez y Saint-John Perse” en la revista “Diálogo de la Lengua”, N° 11, Cuenca, Olcades, primavera 2010, pp. 73-95.
- LUJÁN ATIENZA, Ángel Luis. “El sentido de lo maravilloso en la obra de Diego Jesús Jiménez” en Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *Diego Jesús Jiménez*.

- Leer y entender la poesía*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp.109-132.
- MACHADO, Antonio. *Obras completas*. Madrid, Espasa Calpe, Col. Clásicos Castellanos, 1988. 2 vol., 2.545 p.
- MARTÍN PARDO, Enrique. *Antología de la joven poesía española*, Madrid, Pájaro Cascabel, 1967.
- MARTÍNEZ ÁLVAREZ, Tomás-Néstor. “Entre el naufragio de la luz y el sometimiento de la palabra. La poesía de Diego Jesús Jiménez” en Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *Diego Jesús Jiménez. Leer y entender la poesía*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2011, pp. 97-108.
- MARTÍNEZ RUIZ, Florencio. *Leer y entender la poesía de Diego Jesús Jiménez (Crónicas, críticas y notas de mi agenda periodística)*, Cuenca, Diputación (Colección Atalaya), 2009, 240 p.
- MÉNDEZ RUBIO, Antonio. “El canto oscuro: realismo y conflicto en Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 347-366.
- MOLINA DAMIANI, Juan M. “La poesía como tabla de salvación: apuntes críticos y bibliográficos para el estudio de la obra poética de Diego Jesús Jiménez en el marco de la lírica española del último tercio de este siglo”, en Boletín del Instituto de Estudios Giennenses, Nº 163, Enero-Marzo 1997, Jaén, pp. 55-96.
- MOLINA DAMIANI, Juan M. “Itinerario para náufragos: el realismo de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 105-114; artículo publicado previamente en “República de las letras”, Nº 52, junio 1997.

- MOLINA DAMIANI, Juan M. “La difícil belleza de la poesía de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 193-205; artículo publicado previamente en “Ínsula”, N° 652, abril 2001.
- MOLINA DAMIANI, Juan M. “Río arriba: una relectura de la poesía de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 369-391.
- MOLINA DAMIANI, Juan M. “Nada se celebra hoy aquí”, prólogo a la Antología “Difícil belleza” realizada por el propio J.M.M.D. en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 437-447.
- MOLINA DAMIANI, Juan M. “Por el camino de la desposesión: la poesía de Diego Jesús Jiménez”, en “Elucidario”, N° 6, septiembre 2008, pp. 29-54.
- MOLINA DAMIANI, Juan M. “Maldita belleza. 49 apuntes sobre Diego Jesús Jiménez”, en “Cuadernos Hispanoamericanos”, N° 713, Noviembre 2009, Madrid, pp. 139-150.
- MORA, Francisco. *La luna en los álamos*, Cuenca, Ayuntamiento (Colección Los Papeles del Júcar), 1992. [*Contiene el Prólogo: La austera claridad de “La luna en los álamos”, firmado por Diego Jesús Jiménez, pp. 7-10*].
- MORA, Francisco. “Una puerta para Diego”, en “El Día de Cuenca”, 24-X-1997, p. 3; publicado luego en Francisco Mora: *Ejercicios de caligrafía*, Cuenca, Diputación, 2002, 320 p.; pp. 93-96.
- MUELAS, Martín. *Diego Jesús Jiménez: fugacidad inmóvil en Priego*. Cuenca, Diputación Provincial, 2010. 120 p.
- MUELAS, Martín. “La obra poética de Diego Jesús Jiménez: hacia una nueva lectura crítica” en Juan M. Molina Damiani y Martín

- Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 15-21.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio. “Destierro y destiempo de Max Aub”. *[Discurso de ingreso en la RAEL]*. Real Academia Española de la Lengua, Madrid, 1996. 40 p.
- MUÑOZ [RAMÍREZ], José Luis. “Solista sin coro” [entrevista a D.J.J.], en José Luis Muñoz: *La memoria colectiva*, Cuenca, Ed. Olcades/La Gaceta Conquense, 1987, pp. 139-152.
- MUÑOZ [RAMÍREZ], José Luis. “Algunas cosas que sé de nosotros” en la revista “Diálogo de la Lengua”, N° 11, Cuenca, Olcades, primavera 2010, pp. 23-61.
- PALOMO, María del Pilar. “Prólogo” en Diego Jesús Jiménez: *Poesía [1961-1976]*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 9-17; incluido luego en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 151-158.
- PAZ, Octavio. *Los hijos del limo*. Barcelona, Seix Barral, 1993.
- REY HAZAS, Antonio. “Diego Jesús Jiménez: poesía y vida” en Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *Diego Jesús Jiménez. Leer y entender la poesía*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2011, pp. 33-79.
- RICO, Manuel. “La poesía del 60: La Generación del Lenguaje”, en *Lugar de la palabra (I Semana poética de Cuenca, 1991)*, Cuenca, Ayuntamiento, Diputación, Delegación Provincial de Educación y Cultura, Caja de Ahorros de Cuenca y Ciudad Real y UIMP, 1992, pp. 55-66.
- RICO, Manuel. *Diego Jesús Jiménez: la capacidad visionaria y meditativa del lenguaje*. Cuenca, Ayuntamiento/Instituto Juan de Valdés, 1996, 132 p.
- RICO, Manuel. “Estudio previo” en Diego Jesús Jiménez: *Iluminación de los sentidos (Antología)*, Madrid, Hiperión, 2001, pp. 7-55.

- RICO, Manuel. “Noticia y lectura de *Bajorrelieve*” en Diego Jesús Jiménez: *Bajorrelieve [1990]*, Valencia, 7 i mig, 1998. 78 p., recogido también en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 91-99.
- RICO, Manuel. “Notas sobre el pop y el camp en la poesía de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 405-413.
- RICO, Manuel. “Diego Jesús Jiménez: la experiencia poética como razón de vida” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 159-170; artículo publicado previamente en “Cuadernos Hispanoamericanos”, N° 488, febrero 1991.
- RICO, Manuel. “*La ciudad*: una obra insólita y renovadora” en Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *Diego Jesús Jiménez. Leer y entender la poesía*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2011, pp. 235-245.
- RODRÍGUEZ, Claudio. *La otra palabra. Escritos en prosa*. Barcelona, Tusquets, 2004.
- SAINT-JOHN PERSE. *Elogio de la poesía* (Discurso en la recepción del Premio Nobel el 10 de diciembre de 1960). Accesible en diversas páginas de Internet.
- SALAZAR, ABEL. *Qué e arte?*, Coimbra, 1953. [Según lo cita Juan José Lanz en la “Introducción” a *Diego Jesús Jiménez: Bajorrelieve e Itinerario para naufragos, Madrid, Cátedra (Colección Letras Hispánicas), 2001, pp. 9-144., que a su vez lo toma de Mario Dionisio: Introducción a la pintura, Madrid, Alianza, 1972.*]

- UMBRAL, Francisco. “*Coro de ánimas* de Diego Jesús Jiménez” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp. 49-50; artículo publicado previamente en “Poesía Española”, nº 191, noviembre 1968.
- UMBRAL, Francisco. *La noche que llegué al Café Gijón*, Madrid, Espasa Calpe (Colecc. Austral), 2012, 288 p.
- UMBRAL, Francisco. “Rimbaud de Cuenca, niño de Priego...” en Juan M. Molina Damiani y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *La poesía de Diego Jesús Jiménez*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2007, pp.173-174; previamente en Diego Jesús Jiménez: *[Catálogo de exposición]*, Madrid, Galería Kreisler, 1991.
- VALENTE, José Ángel. *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, 1994.
- VIRTANEN, Ricardo. “Cosmogonía de la muerte en la poesía de Diego Jesús Jiménez” en Ángel Luis Luján Atienza y Martín Muelas Herraiz (Coordinadores): *Diego Jesús Jiménez. Leer y entender la poesía*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (Colección Humanidades), 2011, pp. 133-155.

CONTESTACIÓN A CARGO DEL
ILMO. SR.
DON JOSÉ LUIS MUÑOZ RAMÍREZ

Ilmo. Sr. Director de la Real Academia Conquense de Artes y Letras e ilustrísimos señores académicos.

Autoridades que han tenido la amabilidad y el interés de asistir a este acto de recepción de un nuevo miembro de nuestra Institución.

Señoras y señores, con una especial mención para los familiares del nuevo académico, al que inicialmente llamaré en la forma coloquial con que todos lo conocemos, Paco Mora, antes de que dentro de unos minutos pase a ser el Ilustrísimo Señor don Francisco Mora García.

Los seres humanos, en ocasiones, seguramente en más de las que parece, mostramos una cierta tendencia hacia actitudes arriesgadas por no decir abiertamente temerarias. Un impulso precipitado, una falta de meditación sobre los riesgos que se pueden asumir, nos introduce alegremente en situaciones en apariencia inocentes, incluso gratas, pero que tras esa inicial apreciación de una envoltura sugestiva, se nos muestran en toda su crudeza, agravada a medida que se acerca el día de cumplir con el propósito asumido. Este es el momento, pues, en que asumo ante ustedes el considerable riesgo de cumplir el rito preceptivo establecido en todas las Reales Academias españolas, la de que un miembro titular dé contestación al discurso ofrecido por quien está dispuesto a acceder al seno de la institución.

Fue, como digo, un acto de inconsciente presunción, creer alegremente que yo podría estar a la altura de las circunstancias, sin medir los riesgos. El primero y más patente está ya a la vista de todos ustedes. Después de oír el discurso del todavía académico electo y dentro de poco académico numerario somos conscientes de que hemos asistido

a una espléndida exposición, profunda de contenido, cuidadosa en la forma, medida en el ritmo, amplia en sugerencias y brillante en el tono donde se han ido mezclando las citas con las afirmaciones propias para derivar finalmente en una luminosa panoplia de observaciones enriquecedoras sobre la Poesía y la palabra.

Pero antes de llegar aquí y recibir en directo el torrente de ideas que ha formulado Paco, dos circunstancias relacionadas con este acto me han turbado durante las últimas jornadas, en tanto buscaba la mejor forma de poder cumplir el compromiso tan espontáneamente aceptado, y que hoy me sitúa aquí, en una posición claramente comprometida. La primera de ellas es que no imaginaba yo, en aquel momento inicial, que la redacción de estas palabras habría de suscitar en mí tantos y tan complejos recuerdos, avivados por experiencias singulares que ya estaban adormecidas y que ahora reviven con la fuerza imperiosa que proporciona una memoria quizá debilitada.

No es este el lugar adecuado para dejar que esos recuerdos fluyan con absoluta nitidez y detalle. Nos encontramos en el seno de una actividad académica, de cuyo desarrollo se espera seriedad, rigor, palabras ajustadas al tema que se propone y no elucubraciones íntimas que, a fin de cuentas, a nadie interesan más que a sus protagonistas y nada pueden aportar más allá del entretenimiento anecdótico. Eliminaré, pues, ese apartado o, por mejor decir, lo reduciré a escuetos enunciados, como el guión sinóptico de lo que pudiera ser desarrollado en detalle en otra ocasión de mayor intimidad y que arranca en el día en que un conocido compañero de esta corporación académica, Pedro Cerrillo, me entregó un original correspondiente a la serie que estábamos publicando en la entonces recién nacida revista *Olcades*, destinada al descubrimiento de nuevos valores de la poesía conquense en aquel momento. El artículo en cuestión hablaba de Francisco Mora y esa fue la primera vez que oí y leí tal nombre. Ahora he vuelto a releer aquellas palabras y no queda más remedio que reconocer aquí la perspicacia del señor Cerrillo para descubrir los valores que ya apuntaba quien entonces era un joven poeta y hoy está a punto de pasar a integrar la categoría de académico.

Diez años después de aquella inicial experiencia, nuestros caminos volvieron a cruzarse, siempre a lomos de empresas literarias, cuando Francisco Mora ganó el premio Ciudad de Cuenca de poesía, en el año 1991, siendo yo entonces jefe del servicio de Cultura del Ayuntamiento de Cuenca, función desde la que me correspondió resolver los mecanismos necesarios para editar la obra premiada, *La luna en los álamos*. Mención que viene a propósito para recordar aquí y ahora aquellos prestigiosos premios que durante 25 años pusieron el nombre de Cuenca en los primeros niveles de la cultura española y por cuyos palmarés de premiados pasaron en ese tiempo un repertorio de nombres cuya sola mención impresiona. Estoy convencido de que cualquier tiempo pasado no fue mejor que el actual, ni mucho menos, pero esa seguridad no debe impedirnos reconocer que en determinadas épocas de ese pasado nacieron y se cultivaron iniciativas del máximo interés, que deberían pervivir aún en el presente. Eliminar los premios Ciudad de Cuenca fue una decisión desgraciada, como pensé y manifesté entonces y sigo pensando hoy.

Pero he dicho que no tenía la intención de dedicar estas palabras a relatar cuestiones personales ni revivir experiencias acumuladas. Fiel a ese propósito, del que me he desviado levemente con las últimas referencias, debo tomar el hilo del discurso para entrar de lleno en la segunda circunstancia que he mencionado al principio, como dificultad objetiva ante la que me encuentro para dar respuesta adecuada, académica, al denso contenido del que acaba de pronunciar el académico electo. Y que, como ustedes han podido apreciar nítidamente, contiene dos discursos en uno; el primero, real, corresponde al propio académico electo, Francisco Mora y al tiempo presente, el aquí y el ahora de la situación en que nos encontramos, incluyendo el espacio físico que nos envuelve. El otro discurso es imaginario, inventado, sugerido y lo debió haber pronunciado Diego Jesús Jiménez en un año muy concreto, 2001, en un lugar que pudo ser este mismo, y ante un público que presumiblemente sería diferente del que hoy ocupa estas butacas, con personas que ya no están entre nosotros y en ausencia de otras que estarían aún yendo a clases en el instituto.

Francisco Mora pronuncia su discurso en torno a la actividad poética de Diego Jesús Jiménez y a continuación lo suplanta, para que él mismo pronuncie otro discurso imaginario en un hipotético acto de ingreso en esta Real Academia. ¿Cómo afrontar esta dualidad discursiva? ¿Debo yo también, siguiendo el trazo del académico electo, responder por duplicado a sus palabras, diferenciar la respuesta que merece el discurso real de otra aplicable al discurso imaginario? E incluso, en esta disyuntiva, se me plantea una cuestión moral: ¿aceptaría Diego Jesús Jiménez que yo fuera el encargado de responder a sus palabras? ¿No es una osadía por mi parte atribuirme una responsabilidad que quizá el protagonista no hubiera aceptado con benevolencia, y seguramente con razón, porque en aquella hipotética ceremonia habría, sin duda, personas con más méritos y capacidades para asumir en forma adecuada el desafío planteado por las palabras que acabamos de oír? Pero más aún, en la fecha sugerida por Francisco Mora, yo aún no había pronunciado mi propio discurso de académico, es decir, no hubiera podido emitir esa presumible respuesta, de modo que todos, unos y otros, incluidos ustedes, entramos en el mundo desbordado de la imaginación, donde todo es posible.

En definitiva, nos encontramos ante una situación tan antigua y compleja como corresponde a la propia naturaleza del ser humano que debe ser afrontada, en ausencia de fórmulas estrictas preestablecidas, con aplicación del sentido común y la buena voluntad, factores a los que aquí me acojo para intentar resolver con razonable dignidad el serio compromiso en que me encuentro y que tiene, además, un componente que alude al funcionamiento interno de nuestra corporación. Diego Jesús Jiménez es, creo que sin discusión, el creador poético más importante surgido en Cuenca en los últimos 25 años del siglo XX. Lo avalan los premios recibidos, incluido en dos ocasiones el Nacional de Poesía y, más allá de galardones y honores, la calidad de una obra sólida, reconocida por analistas y antólogos. Por ello, debería haber formado parte de la Real Academia Conquense de Artes y Letras. El desencuentro entre la institución y el escritor se desarrolló a través de varios episodios que condujeron a esa anomalía, con intento tardío de ser

corregida, cuando ya no quedaba tiempo vital para hacerlo. El hecho, naturalmente, es llamativo aunque puede servir de tonto consuelo el recordar cuántos nombres ilustres de escritores españoles no ingresaron en la Real Academia de la Lengua, cuántos valiosos artistas no están en el repertorio de la Real Academia de Bellas Artes, cuántos importantes directores y actores no recibieron nunca el Oscar de Hollywood y así hasta el infinito pues se dice, y debe ser verdad, que es consustancial a la naturaleza de los seres humanos cometer errores, equivocaciones e injusticias, por más buena voluntad que se ponga siempre en acertar.

Nos encontramos, pues, en el acto que estamos viviendo, ante una auténtica explosión en torno al hecho poético y en una ceremonia de culto a favor de la palabra singularmente poética. Desde que Francisco Mora pronunció sus primeras palabras, la Poesía se ha adueñado de este escenario sobre el que viene cabalgando libre de ataduras, dejándose llevar en alas de la serenidad y la belleza, a lomos de conceptos, teorías, interpretaciones y versos. Con envidiable cadencia narrativa, enhebrando las citas, las referencias y los poemas, el académico electo ha realizado, y nos ha llevado con él, una atrevida inmersión en el universo poético, en el que no han faltado las alusiones al mundo clásico, por más que sea la creación contemporánea la protagonista prioritaria de su dedicación. Hemos podido oír una enriquecedora teoría sobre el ser y el sentido de la creación poética, en las palabras de alguien que no solo se ha dedicado a ello con consciente aplicación desde sus años más jóvenes, sino que además medita, indaga, reflexiona sobre el papel que corresponde al escritor, ese ser solitario, con una hoja de papel en blanco, no tanto en espera de la mágica aparición de las musas sino en la afanosa búsqueda de las palabras.

Hay en todo ello algo muy desconcertante, sobre lo que en otras ocasiones ya he tenido la oportunidad de formular algunas observaciones ligeras pero que hoy aquí quiero recuperar, al menos como enunciación, sin necesidad de profundizar excesivamente pues no es el tiempo ni la ocasión. Cada día nos sorprendemos con la llegada a nuestro entorno de alguna nueva aportación tecnológica llamada a modificar nuestras pautas de conducta, con la afirmación, quizá temeraria, por parte de sus

promotores, de que ayudarán a mejorar nuestras condiciones de vida y a ese pretexto nos sumamos convencidos de que toda la barahúnda de aparatos digitales en que estamos poniendo manos, trabajo, ocio e intimidad, nos hará más felices. Es, por decirlo llanamente, el entorno menos poético que se pueda concebir. Las imágenes que encontramos de manera cotidiana nos transmiten la impresión de una sociedad entregada fútilmente al entretenimiento inconsistente derivado de un nervioso teclear con los dedos sobre cualquiera de los variados aparatos que la inagotable capacidad inventiva de las marcas está poniendo en juego. Y, sin embargo, a pesar de que ese espectáculo, tan extendido entre todos nosotros pero de manera singular entre niños y jóvenes, podría llevarnos a formular consideraciones negativas o pesimistas sobre el papel de la Poesía en este ambiente tecnológico y materialista, la realidad contradice esa perspectiva para poner ante nosotros un espectáculo bien distinto, el formado por una cada vez más abundante floración de creadores poéticos entre los que se encuentran, y eso es verdaderamente maravilloso además de sorprendente, miembros de las más jóvenes generaciones, en palpable demostración de que la insinuada decadencia del hecho poético no es más que una presunción temeraria, sin base cierta.

Probablemente, quienes acceden a la creación literaria, en general, no se hacen preguntas sobre la naturaleza de esa actividad ni sobre el papel o la función que corresponde al elemento básico sobre el que van a trabajar desde el primer momento en que recurren a un lápiz y un papel (dicho así, en sentido metafórico y antiguo: seguramente lo hacen ya directamente a través del ordenador, la tablet o cualquiera de esos elementos digitales a los que antes aludía). Ese elemento, la clave de todo el proceso, es la palabra. La palabra se encuentra en el alma, en el cerebro, en la voluntad. Ha sido alimentada con otras palabras, leídas previamente en otras fuentes y a través de ellas asumidas, almacenadas, distribuidas en el misterioso compartimento colmenado donde se clasifican y ordenan en espera de ser utilizadas. La elección de cada palabra, en cada momento de la escritura, es un acto volitivo singular que responde a un proceso mental complejo, extraordinariamente rico

en matices y en cuyo desarrollo se irá formulando lo que finalmente llamamos el estilo de cada cual, lo que nos hace diferentes a unos de otros: la forma en que elegimos, manejamos y enlazamos las palabras entre sí para dar origen a un pensamiento literario, poético.

Sobre ese mecanismo, el arte de combinar las palabras y encontrar en ellas el flujo poético, Francisco Mora y Diego Jesús Jiménez, al alimón, sin que sea fácil diferenciar a ambos, han elaborado aquí, esta tarde, una apasionante teoría, un detenido análisis en el que han ido desmembrando, pieza a pieza, el ser más íntimo, la esencia de la palabra. Esta era, lo fue, la gran preocupación de Diego Jesús Jiménez, expuesta de manera recurrente en artículos pero, sobre todo, a través de su propia palabra, pues él mismo era un cultivador fecundo del arte de la oratoria, que ejercía de manera generosa en conversaciones y tertulias, en las que giraba casi siempre, como un leitmotiv permanente, la meditación sobre la naturaleza de las palabras, preocupación que llevó también a su propia poesía. Yo recuerdo, como una de las experiencias más conmovedoras que he podido vivir, la del día que llegó a mis manos el original de un poema que Francisco Mora ha incorporado a su discurso y que Diego Jesús me enviaba para su inclusión en el primer número de Diálogo de la Lengua. Ser el primero en leer un texto produce siempre una singular emoción que yo he experimentado cientos de ocasiones, desde que siendo redactor jefe de Diario de Cuenca llegaban a mi mesa desde sencillas cartas al director hasta profundos artículos de opinión cuyo destino podría ser las páginas del periódico o la papelera. Pero esa primera lectura, la sensación de que uno entra osadamente en un receptáculo de intimidad que se desnuda ante una mirada impertinente, produce una impresión turbadora. Tener entre mis manos, antes que nadie, aquellos versos, forma parte de mi repertorio personal de experiencias intransferibles.

*Es ambición hermosa someter las palabras.
Reclamaba el lingüista
la precisión del tiempo para nombrar las cosas.*

*Conocer los arroyos, las escondidas sendas de los sabios, y
[las noches
abrasadas de flores; donde el lenguaje abre sus palabras más
[justas.*

Rendía homenaje así el poeta a una figura capital del idioma y de nuestra propia cultura local, Juan de Valdés, quizá el iniciador español de ese camino de meditación y conocimiento hacia la naturaleza y el ser de la palabra, concebida no solo como un mecanismo productor de habilidades que facilita la comunicación entre los seres humanos sino como la pieza capital de una arquitectura creativa que tiene en ella, en la palabra, en el lenguaje, el fundamento mismo de la escritura, cuando invade los sentimientos del escritor para, como hemos oído hace unos minutos, “*extraer luz de la penumbra, de la tiniebla, cuando no de la noche cerrada a cal y canto en su oscuridad absoluta*”.

Hemos asistido, señoras y señores, a un apasionado discurso en torno a la capacidad de la palabra para generar Poesía y a un análisis minucioso de lo que la propia Poesía significa, ha significado siempre, con carácter intemporal, como un espíritu que sobrevive a las modas y las circunstancias cambiantes de nuestra civilización. Lo hemos oído, creo que con profunda atención, dejándonos llevar por caminos invisibles a través de la palabra intensa de Francisco Mora y de su alter ego, Diego Jesús Jiménez, como hilo conductor que lo ha inspirado y que así, de esa manera, se ha hecho presente entre nosotros como si pudiera ocupar un espacio físico en este salón. Por mi parte solo queda manifestar, como creo sinceramente, que la Real Academia Conquense de Artes y Letras obtiene los beneficios de un preocupado analista del idioma, un imaginativo creador en verso y en prosa que hace de la palabra un elemento de cuidadosa elaboración. La palabra, se ha dicho en multitud de ocasiones, nos hace libres y la libertad, como dijo sabiamente Don Quijote a Sancho, es *uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos. Con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.*

Y esto que digo ahora lo termino de escribir y firmo el miércoles, día 7 de enero de 2015, mientras por las calles de París, esa ciudad que tanto amamos, transitan el terror, la violencia, el fanatismo y la intolerancia, que son los cuatro jinetes modernos del Apocalipsis. Que no podrán nunca, estoy seguro, vencer a la palabra en libertad ni eliminar la Poesía.

Muchas gracias.

